

# Artículos

## Perspectivas de victoria y proyecto revolucionario\*

Joaquín Villalobos  
Comandante del FMLN

### Resumen

*El FMLN cumple aquí con la responsabilidad de hacer análisis objetivos para hacer previsiones sobre la realidad. No se trata de creer o no, sino de analizar y debatir con seriedad.*

*Este análisis afirma que el estallido de las masas es inminente e inevitable dada la magnitud de la crisis y la incapacidad del régimen y de la Fuerza Armada. El análisis expone también la concepción de ofensiva del FMLN y propone la posibilidad de un encuentro con las corrientes patrióticas del ejército.*

*El FMLN no quiere implantar una revolución radical. No es posible ni es necesaria una revolución que elimine totalmente la propiedad privada, contar con un sólo partido, negar la existencia de otras fuerzas políticas, cerrar los medios de difusión a otras fuerzas, romper con la Iglesia, luchar contra la religión, dejar de hacer elecciones.*

*Para el FMLN el proyecto revolucionario debe ser abierto, flexible, pluralista y democrático en lo económico y político. Las características de las revoluciones son resultado histórico, por lo tanto, cada proceso revolucionario debe desarrollar sus propios conceptos y su propio modelo de revolución. Y la revolución salvadoreña que no cree en dogmatismos ni en mecanicismos no es una excepción.*

---

\* La segunda parte de este artículo fue publicada en inglés por primera vez en la revista *Foreign Policy*, Washington D.C., en su edición de primavera, 6 de marzo de 1989.

**No es la guerra la que ha impedido el funcionamiento de los cambios porque no hubo cambios estructurales serios, por eso mismo la guerra se ha extendido y el FMLN ha podido mantener su base social.**

**1. Insurrección popular: ¿deseo o realidad de la lucha social?**

**1.1. El fracaso del pseudo reformismo y la crisis económica: generalidades del estallido social**

A estas alturas de la guerra, luego de ocho años de un complejo enfrentamiento político militar, resultaría poco lógico considerar que el planteamiento del FMLN sobre las perspectivas de una victoria revolucionaria, a partir del proceso de insurrección de las masas, constituye un simple deseo ideológico o el resultado de una voluntad guerrillera.

Ocho años de un desproporcionado enfrentamiento han obligado al FMLN a desarrollar en profundidad el arte de arriesgarse a las masas y hacer lucha política y militar. Sin lugar a dudas, el FMLN es el agente político que más ha convivido con el pueblo a lo largo de la guerra, ya que, con diferentes grados de calidad y extensión, toda su estrategia la ha desplegado desde y hacia las masas. El nexo con el pueblo no se ha roto nunca. Sin él no habría sido posible iniciar y mantener la guerra, resistir el escalamiento por parte de Estados Unidos, bloquear y poner en crisis al proyecto contrainsurgente.

Sólo los analistas más ideologizados y fanatizados de derecha ponen en duda el arraigo popular y la capacidad de veto del FMLN. Esto obliga a conferirle a la voluntad del FMLN la capacidad de poder modificar la situación y, por lo tanto, aunque sea porcentualmente, los objetivos del FMLN no se pueden eliminar del análisis de las perspectivas. Hacerlo sería subjetivismo.

Cuando se plantea la posibilidad del estallido social no sólo se trata de la voluntad de acción del FMLN, sino de una evidente rea-

lidad objetiva en la cual el FMLN se inserta, acompañando el curso más lógico de la lucha social en El Salvador. No hacerlo sería un error estratégico y dejar todo el espacio a la recuperación del modelo económico político de dominación que ha generado la guerra y ha provocado la intervención de Estados Unidos.

Existen suficientes condiciones objetivas y subjetivas que prueban claramente que la situación del país se encamina a un gran estallido social del cual difícilmente se podrá salvar el modelo impuesto por Estados Unidos, que, además, se encuentra bastante debilitado en la actualidad.

Ante todo, debemos tener en cuenta que la crisis económica actual es la más dramática de toda su historia. El nivel de empobrecimiento de las masas es realmente patético: la cantidad de desempleados, de desplazados, la reducción drástica de la asistencia social en términos de educación y salud, el proceso inflacionario, etc. El modelo capitalista dependiente, ya en crisis estructural profunda, se quiso salvar con una modernización tan prooligárquica y dependiente como el modelo aplicado por las dictaduras tradicionales anteriores. La falta de un factor objetivo y sólido para el despegue de esa modernización enredó el modelo en un reformismo mediatizado por su propia crisis política y por la falta de base real. Quienes pretendieron copiar el modelo venezolano no se pusieron a pensar que en El Salvador no había petróleo y que el factor fundamental de la economía era la tierra, dejando así intacta la columna vertebral del modelo oligárquico. Prueba de ello fue la no realización de la segunda fase de la reforma agraria y el que la Constitución estableciera límites a la propiedad para proteger a la oligarquía terrateniente. En el

## **Toda la estrategia del ejército está ahora concentrada en contener y desmontar el peligro insurreccional..., en síntesis, en defenderse.**

plano social, varios miles de campesinos se han encontrado en igual o peor nivel de vida, al pasar de ser asalariados a ser grandes deudores de una tierra en la cual han trabajado y vivido lo mismo que lo hicieron sus antecesores durante muchas décadas.<sup>(1)</sup>

Los cambios no sólo se hicieron sin base y fueron superficiales, sino que, en realidad, buscaban salvar el modelo oligárquico. La reforma bancaria no democratizó el crédito, siguió dando prioridad a la oligarquía y lo mismo sucedió con la mayor parte de la ayuda exterior. Todo el sistema cooperativo fue abandonado, acumulándose una enorme e impagable deuda. La falta de un cambio profundo en la estructura agraria obligó a que la inversión y el crédito siguieran dando prioridad a las actividades tradicionales: los intentos para diversificar la estructura productiva, reorientar el crédito y sustituir las importaciones, si acaso los hubo, fueron tímidos.<sup>(2)</sup>

La pírrica recuperación económica de la que habla Chávez Mena y otros, es producto de los dólares artificiales y del crecimiento de los gastos del Estado, es decir, resultado de la guerra. Es un juego de número y estadísticas que contrasta con un alarmante crecimiento de la miseria de miles de salvadoreños en la ciudad y en el campo.

Si el reformismo hubiera funcionado se hubiera debilitado la base social del FMLN y la guerra hubiera dejado de ser un problema de gran magnitud. Esta es la mejor prueba del fracaso del seudo reformismo que se intentó aplicar. Si las reformas hubieran sido reales y profundas, sus promotores hubieran ganado base social y no hubieran necesitado matar a miles de salvadoreños para llevarlas adelante. El modelo aplicado no cambió nada en profundidad. Mantuvo y profundizó la injus-

ticia. No es la guerra la que ha impedido el funcionamiento de los cambios porque no ha habido cambios estructurales serios, por eso mismo la guerra se ha extendido y el FMLN ha podido mantener su base social. Una guerra de ocho años, tan compleja y extendida como para poder resistir a los propios Estados Unidos, no se puede explicar ideológicamente. Si la guerra se mantiene, se extiende y avanza es porque el sistema sigue siendo injusto y no ha habido cambios.

La modernización capitalista y el seudo reformismo fracasaron y no existen, en realidad, salidas viables para el sistema. Ahora están hablando de copiar el modelo taiwanés, pero manteniendo la misma estructura agraria. Desarrollar un modelo como el taiwanés implicaría, para la inserción en el mercado mundial, contar con un sector privado audaz, progresista, modernizante. Pero los sectores hegemónicos del capital salvadoreño son sumamente atrasados. La mejor prueba de ello es su resistencia a un cambio profundo en la estructura agraria actual, la cual es totalmente incongruente con una modernización real. Los terratenientes siguen siendo el sector hegemónico de la oligarquía y esto explica su oposición a nuevas alternativas.

El sistema ya no sólo enfrenta las vacilaciones de aplicación de medidas o la falta de un punto de despegue realista el cual, en realidad, nunca existió, sino que ahora las complicaciones económicas, políticas y sociales, y fundamentalmente la existencia de una correlación social adversa, ya no permiten hacer experimentos y han vuelto inviable toda posibilidad de salida pro-oligárquica. El modelo está cuestionado a fondo por la lucha revolucionaria de las masas y la guerra, y esto ya no es reversible. Ahora podrían

hablar de lo que pudieron haber hecho cuando no había guerra, cuando tenían espacio..., pero ya es demasiado tarde. Y aun en estas condiciones de amenaza a su poder, no han resuelto ni siquiera la propia crisis de hegemonía dentro de los sectores oligárquicos. Duarte, abrumado por la crisis y su cáncer, dijo que no le gustaría volver a gobernar al país en crisis, con terrorismo, con cáncer, etc. A él le hubiera gustado gobernar en 1972. Quizas en ese momento hubiera retardado el estallido social que generó la guerra actual.

En lo económico hicieron lo mismo que en lo político al hablar de que el ejército había cambiado sin haber juzgado antes a los criminales. Pretendieron hacer cambios estructurales sin tocar a la oligarquía cafetalera; sólo provocaron y agravaron la descomposición política del sistema. La causa de ello radica en que los cambios surgieron de una decisión política de Estados Unidos y no de un real pacto interno.

Aun sin la guerra hubiera sido muy difícil que una alternativa para el modelo oligárquico funcionara. Nunca en la historia del país se había presentado un cuadro objetivo tan grave. A la crisis estructural profunda que generó el conflicto se han sumado los ocho años de guerra, la fuga de capitales y la baja e inestabilidad de los precios de los productos de exportación tradicionales.

La deuda externa, la más elevada hasta ahora, pese a la guerra y a la importancia que para Estados Unidos tiene aliviar la situación económica de El Salvador, debe ser pagada ya que los acreedores no perdonan; y aun en las condiciones de El Salvador exigen ajustes económicos lesivos a los intereses populares como en el caso del paquete económico de 1986.<sup>(3)</sup>

A todo esto se agregó un devastador terremoto en la capital, cuatro años de sequías, inundaciones, los efectos de la ley Simpson Rodino, etc. Si no hubiera guerra, una crisis económica como la actual hubiera provocado tal convulsión social que ésta se habría

iniciado. Si no existiera el FMLN, una crisis como ésta, hubiera hecho nacer la lucha armada. Dos fuentes artificiales están manteniendo la economía, la ayuda económica de Estados Unidos orientada casi totalmente a la guerra y los fondos que envían los salvadoreños residentes en Estados Unidos.<sup>(4)</sup>

La paralización de la estructura productiva que genera empleo hace que la gran masa de dólares no encuentre otro cauce que ir a parar a los bolsillos de los funcionarios demócrata cristianos y de los generales del ejército. Esto ha generado un fenómeno espectacular de corrupción y de contrastes dramáticos. Así, de manera más escandalosa que antes, las grandes masas están conviviendo con una sociedad de despilfarro y ostentación. Los negocios e inversiones más florecientes son los restaurantes, las agencias de viajes y la industria de la publicidad, la cual ha experimentado un gran desarrollo desde que comenzó la guerra.<sup>(5)</sup> La corrupción es, en realidad, un fenómeno intrínseco de la crisis del modelo, y no es sólo una falla humana de la democracia cristiana.

El modelo oligárquico anterior explotaba a los trabajadores, daba algún empleo e invertía. El modelo de la democracia cristiana no ha entregado nada a los trabajadores, ha mantenido el mismo nivel de explotación en manos de la misma oligarquía y, por otro lado, ha desestabilizado el sistema, disminuyendo el empleo y la inversión, y volviendo más dependiente la economía. Todo esto ha estimulado la lucha social. Mientras no se resuelva la crisis estructural del sistema y se produzcan cambios en la correlación social, la economía se mantendrá oscilando entre la sobrevivencia y el colapso.

## 1.2. Un pueblo organizado y con tradición de lucha y un enemigo en descomposición

Las condiciones objetivas de miseria y la falta de una salida claramente llevan hacia un estallido social. Se podría decir, sin embargo, que no basta con este cuadro objetivo

para que se produzca el estallido social y, de modo más claro, para que ese estallido social pueda convertirse en una victoria revolucionaria o en un cambio de correlación de fuerzas. Esto es exacto, pero en nuestro país existe otra serie de factores que se agregan a este cuadro objetivo.

El nivel de organización de las masas en El Salvador es muy elevado. Basta evaluar la cantidad de instrumentos organizativos existentes en el movimiento popular, cuyas posiciones están matizadas desde el centro izquierda hasta la izquierda. Prácticamente casi todos los sectores populares cuentan con una estructura orgánica y con un punto de referencia para su lucha. Por otro lado, existe una tendencia dominante hacia el agrupamiento y la convergencia popular, ya que las políticas del Instituto Americano para el Desarrollo del Sindicalismo Libre (IADSL) y de la AID para descomponer y dispersar la fuerza del movimiento popular han fracasado. Esto lleva a pensar que si existe una crisis y si hay diversidad de instrumentos de lucha es ilógico asumir que las masas se

cruzarán de brazos para soportar estoicamente la miseria y los graves problemas por los cuales están pasando. Si hay crisis y hay organización y puntos de referencia para luchar habrá lucha. Esto no es sólo deseo ni voluntad de nadie, es realidad objetiva.

La tradición de lucha y los aspectos históricos tampoco pueden ser obviados y, en este caso, tienen un gran valor para el análisis. No se trata de una crisis en cualquier parte, sino en El Salvador, donde las masas y otros sectores sociales, incluido el ejército, siempre han reaccionado rebelándose, como resultado de la profundidad de la lucha social.

El pueblo salvadoreño es un pueblo experimentado, con tradición de organización y de lucha, con capacidad conspirativa y ha pasado por una gran diversidad de experiencias. Recordemos la insurrección campesina de 1932, el alzamiento patriótico del ejército junto con el alzamiento de las masas en 1944, las luchas estudiantiles de los años 60 y el golpe de Estado que se dio como con-



secuencia de aquéllas, las grandes huelgas obreras y magisteriales de los años 60, las luchas electorales de los 70 y el gran auge revolucionario de las masas en los 80.

Todo esto para no retroceder más y no hablar de las luchas de la independencia, de Anastasio Aquino y de las grandes luchas liberales del general Francisco Morazán. No es un azar que sea precisamente en El Salvador donde se ha desarrollado el fenómeno de la guerra popular revolucionaria más complejo de América Latina. Esto sólo se explica a partir de la profundidad de una lucha de clases generada por la miseria endémica de un país superpoblado y de escasos recursos.

La tradición de lucha, objetivamente, tiene valor científico en el análisis. Así, la victoria revolucionaria en Nicaragua se explica, en parte, por la tradición de lucha antiimperialista del pueblo nicaraguense. Esa tradición se fue conformando ante los reiterados esfuerzos de Estados Unidos para convertir a Nicaragua en una colonia, invadiéndolo, ocupándolo y colocándole dictaduras para gobernarlo con el objeto de usar su territorio para construir un canal interoceánico. Por eso, en Nicaragua, donde había una crisis menor que la existente en nuestro país, el triunfo revolucionario se produjo antes. El antiimperialismo permitió desarrollar mucho antes la lucha armada en Nicaragua y potenció las alianzas entre amplios sectores.

En el caso de El Salvador, la profundidad de la lucha de clases ha generado una tradición revolucionaria en la lucha de las masas, la cual les ha permitido resistir y enfrentar el complejo modelo contrainsurgente impuesto por Estados Unidos. En ese sentido, no se trata de una crisis económica que abate a cualquier pueblo, sino de una crisis económica extrema que está provocando a un pueblo organizado y con tradición de lucha. Nuevamente aparece la posibilidad del estallido social no como voluntad o deseo, sino como realidad estructural histórica.

La guerra con toda su complejidad político

y militar ha significado un nivel de confrontación ideológico política muy elevado, el cual, indiscutiblemente, ha desarrollado la conciencia y la capacidad de análisis de grandes sectores populares. La presencia guerrillera en todo el país y lo que ella implica en términos organizativos, la batalla propagandística permanente, los diálogos y las jornadas de lucha de las mismas masas son elementos que en términos educativos no se pueden subestimar. Todo ello se proyecta en un contingente numeroso de masas, el cual ha desarrollado un elevado grado de conciencia. Si tenemos en cuenta que este contingente no es pasivo y, además, todos los otros factores citados antes, podemos concluir que no será fácil, para quienes lo intenten, contener el avance revolucionario en El Salvador.

Existe una evidente crisis política en la cual el gobierno se manifiesta profundamente débil. Su debilidad está manifiesta en la división del Partido Demócrata Cristiano, en las contradicciones entre los diferentes poderes estatales, en la disputa entre la oligarquía y los norteamericanos, en el impacto del resultado electoral de 1988 que dio el triunfo a ARENA, en el abstencionismo de las masas y en la crisis generada por la enfermedad de Duarte. Todos estos elementos encaminan claramente la situación hacia un vacío de poder percibido por las masas. Esta debilidad manifiesta del gobierno ha alentado la lucha y se ha sumado a los factores que encaminan la lucha hacia el estallido social. Si bien es relativamente cierto que el ejército se ha mantenido cohesionado gracias al control de los norteamericanos, la situación ha comenzado a cambiar, ya que la crisis política en el gobierno no le puede ser indefinidamente indiferente y porque su existencia terminará afectándolo directamente. Podemos afirmar que la incapacidad del ejército para derrotar militarmente al FMLN es uno de los factores fundamentales que ha generado la crisis política del modelo demócrata cristiano y que la persistencia de dicha crisis acabará descomponiendo al mismo ejército, pues es

imposible que éste pueda mantenerse en guerra sin un componente político que le sea coherente.

Analizar separadamente la crisis del gobierno y minimizarla enfocándola como si se tratara del gobierno italiano o del de las otras democracias occidentales capitalistas desarrolladas es estar totalmente ajeno a la realidad de El Salvador, donde se libra una intensa guerra, una lucha de masas, donde hay una intervención norteamericana, una descomposición de poderes y una situación económica dramática y explosiva.

### 1.3. EL FMLN: un movimiento revolucionario, unido, fuerte y maduro. La alianza FDR-FMLN: una fuerza integral y coherente.

A todos los factores planteados anteriormente debemos agregar la existencia del FMLN y su voluntad de acompañar a las masas en el proceso insurreccional. El FMLN no puede ser tampoco un factor despreciable en el análisis de las posibilidades. Es decir, se trata de un estallido social que tiene conductor. No se trata sólo del peligro de explosión espontánea, sino de un agente activo que coincide con el curso lógico de la lucha social y jalona a las masas en la dirección en la cual éstas tratan de avanzar. En 1980 prácticamente se dieron todas las condiciones, pero la falta de unidad en el movimiento revolucionario y, en menor medida, su escaso desarrollo militar no permitieron convertir esa coyuntura en una victoria.

En El Salvador, el FMLN constituye en la actualidad un cuerpo único, no existe atomización ni divisiones ni hay otras organizaciones revolucionarias. Las fuerzas revolucionarias tienen personalidad única en el FMLN, lo cual, a su vez, se ha convertido en

un fuerte factor de confluencia del descontento y de la radicalización. A estas alturas sólo los más concedores pueden matizar diferencias dentro del FMLN. Las organizaciones que integraban el FMLN existen más en el lenguaje del ejército y del gobierno que en el de los revolucionarios. Ha habido un proceso de maduración unitaria que ha fortalecido el empuje revolucionario.

Indudablemente, el FMLN ahora tiene que resolver nuevos problemas de conducción, ya que no puede haber victoria sólo por la inercia social y ello implica asegurar la unidad en todo su cuerpo político y militar, y acertar en las líneas que deberá trazar. Esto se encuentra garantizado por el nivel de la unidad revolucionaria, la experiencia de masas, la lucha política, la lucha militar y la madurez y la capacidad de conducción que todos estos años le han dado al FMLN. Estas características del FMLN, junto con las capacidades del FDR, han hecho de la alianza FDR-FMLN una fuerza más integral, coherente y desarrollada que cualquier otra fuerza con la cual pueda contar la estrategia de guerra de baja intensidad de Estados Unidos.

Esto no es retórica. Basta echar un vistazo para ver profundas contradicciones en el interior del bloque dominante y grandes vacíos en su proyecto político. Por eso, el bando democrático revolucionario cuenta no sólo con capacidad para aglutinar fuerza propia, sino también para hacer pactos, alianzas o convergencias de acción.

Los frentes FMLN-FDR están cosechando los frutos de su estrategia. En efecto, la situación que ahora se vive no sólo es fruto de los errores del proyecto contrainsurgente y sus actores, sino que también, y ante todo, es un éxito de la estrategia de la alianza FMLN-FDR, la cual supo preservar y acumular fuer-

**El paso a la radicalización se ha ido produciendo en la misma masa y por las condiciones impuestas por el régimen al no hacer concesiones, reprimir y frustrar.**

zas propias mientras bloqueaba, desgastaba y debilitaba la acumulación de fuerzas del plan contrainsurgente.

Sin profundizar mucho en el análisis estrictamente militar y tomando como punto de referencia el equilibrio aceptado por todo el mundo, podemos afirmar bastante categóricamente que la situación tendrá que irse definiendo favorablemente para las fuerzas revolucionarias. Por un lado, los norteamericanos y el ejército se encuentran en un *impasse*, sin nuevas alternativas tácticas ni estratégicas para la guerra, resistiendo y conteniendo la acción del FMLN y sin proyectos viables para detener la crisis económica de las masas. Y por el otro lado, está el FMLN, el cual ha mantenido la dualidad de poderes, ha bloqueado la estrategia contrainsurgente y en la actualidad cuenta con la ventaja de la profundidad de la lucha social y con la descomposición del bloque de poder.

Es absurdo militarizar el análisis de la guerra y desligarlo de la crisis económica y política. En la actualidad, la correlación militar no se puede medir simplemente contando fusiles y combatientes. La correlación se mide en términos de capacidad para contener la explosión social, por una parte, y para convertirla en victoria revolucionaria, por la otra. El proceso de expansión de la guerra a todo el país, a las áreas vitales y a las ciudades vinculó la capacidad militar del FMLN a la explosiva situación social. Con esto, el FMLN ha adquirido toda la ventaja estratégica, apoderándose completamente de la iniciativa. Toda la estrategia del ejército se encuentra concentrada ahora en contener y desmontar el peligro insurreccional..., en síntesis, en defenderse.

El FMLN tiene, en estos momentos, una acción militar multifacética que impacta militar y políticamente. Su fuerza sigue creciendo con nuevos contingentes, los cuales, conducidos por fuerzas y estructuras de mando muy experimentadas, han elevado muy pronto la capacidad de sus golpes, aprovechando el

conocimiento que poseen del terreno y su relación con las masas. Es muy difícil cuantificar la fuerza del FMLN en estos momentos, ya que está completamente vinculada a las masas y tiene una gran diversidad de escalones de combate.

Considerando la dimensión de la crisis y la capacidad del ejército podemos afirmar que el FMLN tiene sobregirada su capacidad militar para convertir una explosión insurreccional en victoria. Un ejemplo de esto son los ataques a los cuarteles estratégicos del ejército dentro y fuera de las ciudades. En esos ataques el FMLN define, aniquila, desaloja y toma posiciones en minutos, usando variedad de tácticas combativas. Esta capacidad, combinada con un empuje insurreccional de masas, romperá rápidamente el equilibrio militar. El factor aéreo, que es el punto fuerte del ejército, es más un factor de sobrevivencia que ofensivo, y una vez generalizada la violencia de masas, será totalmente inútil.

#### 1.4. De la conciencia de oposición a la de rebelión

En el debate acerca de las perspectivas de una victoria revolucionaria y de las posibilidades insurreccionales de las masas se ha planteado que el terror bloquea e imposibilita una radicalización generalizada y la violencia de masas. Quienes piensan de esta manera argumentan con los lógicos altibajos coyunturales de la participación de las masas en las movilizaciones. En realidad es un grave error analizar el nivel de conciencia de las masas aislado de los demás factores. Esta clase de análisis es estática, no define perspectivas ni hace previsiones. En la conciencia de las masas y en su ánimo de radicalización y movilización inciden todos los factores de la situación económica, política y social, y su tendencia es generalizar la radicalización.

En este momento existe una conciencia generalizada de oposición. Esto nadie lo discute. El abstencionismo electoral, la consecuente derrota del PDC en las elecciones,



las huelgas y manifestaciones constantes, la fortaleza y expansión del FMLN, que ha logrado mantener y acrecentar su base social, prueban claramente la existencia de un descontento y de una oposición mayoritarios. A diferencia de 1981 y 1982, recién ejecutado el genocidio, en la actualidad este descontento está políticamente activo a través de una gran diversidad de formas de lucha, desde las pasivas potenciales y activas hasta las radicales y violentas. En realidad, el cuadro de la lucha es muy dinámico. Así, por ejemplo, es impresionante que el 27.7 por ciento de los encuestados por la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas en 1987 aprueba la toma de las iglesias. Esto significa que casi un 30 por ciento de los salvadoreños aprobaría las formas de lucha radicales.

Si tomamos en cuenta que la situación se encamina hacia una agudización de la crisis económica y hacia la represión, el modelo

contrainsurgente establecido por el gobierno de Reagan está derrotado. Es muy simplista tratar de determinar el potencial insurreccional de las masas a partir de la lógica oscilación coyuntural de su participación en las movilizaciones. La tendencia a comparar la situación existente en este momento con el momento más álgido de la situación revolucionaria de 1980 es errada, pues se trata de dos momentos diferentes. Aquél era un momento de clímax, de definición, mientras que éste es un momento de ascenso bastante avanzado. Cuando las masas alcancen el nivel de 1980, el estallido social será totalmente incontrolable para el ejército y el gobierno.

El problema para ambos es que la tendencia camina hacia el estallido social y no hacia el apaciguamiento. Si partimos de que hay una mayoritaria conciencia de oposición, de que hay grandes demandas, organización, tradición y conducción, y de que no existen

salidas para contener la crisis, es obvio que lo dominante en los próximos meses será la generalización de la violencia de las masas. La tendencia es que las masas vayan pasando de la conciencia generalizada de oposición a la generalización de la conciencia de rebelión, empujadas por los factores objetivos y subjetivos existentes.

La capacidad de movilización ha oscilado entre 2 y 50 mil manifestantes, dependiendo del carácter de las movilizaciones. Por otra parte, el accionar de las masas tiene ahora una elevada continuidad. En el último año ha habido una secuencia muy alta de acciones de masas de todo tipo y de diferentes dimensiones y calidades. Si se compara este accionar con el de los años de 1978 y 1979, el período preinsurreccional anterior, resulta que el actual es mucho más continuo y con mayor participación.

Afirmar que sólo participan unos pocos es errado, pues niega la dimensión que va cobrando la lucha social. En 1979, las acciones de grupos eran de decenas, ahora son de cientos; las acciones cotidianas más grandes eran de cientos, pero hoy son de miles, y las acciones de coyunturas especiales eran de miles, pero en la actualidad son de decenas de miles. No se puede mecanizar el análisis de los datos ni cerrar los ojos ante la evidente y creciente explosividad social, tanto cualitativa como cuantitativamente; se trata de una explosividad incontenible en su avance.

Debe considerarse en profundidad el significado político demostrativo que sólo seis años después de la matanza miles de salvadoreños estén dispuestos a salir a la calle amenazados por los antimotines, los helicópteros, las tanquetas, los desaparecimientos, los asesinatos y la intensa guerra psicológica. Considerar ésto simple fanatización o mística es estar ciego ante la realidad y el valor de muestra que tiene la acción de calle en la actualidad, ya que si existe ese contingente de salvadoreños es porque se nutre de la situación y de la disposición general de todo el

pueblo. De otra forma no se explicaría.

Al analizar el curso seguido por el movimiento de masas en el período que va desde 1983 hasta hoy se ve un primer momento de ruptura con el terror y la salida del reflujo, de 1984 a 1986. Este auge tuvo en su base las demandas reivindicativas, el diálogo, los presos y desaparecidos, etc. Esta actividad se produjo en el marco de una situación de doble poder, la cual obligó al gobierno a abrir espacios sin haber podido derrotar al FMLN y sin haber consolidado base social para su propio proyecto.

En este primer momento la acción popular se desplegó, formando instrumentos y creando agrupamientos, tratando de reconquistar la calle y salir del trauma del terror, producido por el genocidio de 60 mil salvadoreños, consumado entre 1980 y 1982, a partir del pacto del PDC con el ejército en enero de 1980. Hubo alianzas y acciones coyunturales con amplias movilizaciones y huelgas de corte moderado, primero espaciadas y luego más seguidas, hasta convertirse en una presión generalizada y masiva en respuesta a las medidas económicas antipopulares adoptadas por el gobierno en 1986 y conocidas como paquete económico.

La respuesta del gobierno demócrata cristiano y de la Fuerza Armada a estas acciones de movilización y huelgas fue no hacer concesiones, desgastarlas, aislarlas, descabezar los sindicatos y las organizaciones, despedir masivamente, declarar ilegal las huelgas, asesinar selectivamente, etc. La idea de este plan represivo ha sido contener el auge de las protestas con una represión dosificada, la cual, supuestamente, haría retroceder nuevamente la lucha popular. Pero cometieron un grave error al no considerar la situación de doble poder existente en el país ni el surgimiento de nuevas alternativas de lucha.

En los años 70, durante los gobiernos del coronel Molina y del general Romero, un plan de represión condujo a una radicalización de

## Duarte y la democracia cristiana han sido un componente circunstancial, pero vital en la estrategia de la guerra de baja intensidad de Estados Unidos.

grandes sectores de la población, la cual, primero cobró expresión de guerrillas urbanas y luego de un movimiento popular radicalizado e insurreccional, en los años de 1978, 1979 y 1980.

La explicación político social del desarrollo actual (1988) de las guerrillas urbanas en la capital y en las ciudades del interior del país está, precisamente, en la frustración producida en grandes sectores de la población al no resolverse sus demandas y al ser reprimidas sus luchas reivindicativas. Miles de salvadoreños han quedado descontentos, sin empleo y sin más camino que buscar otras formas de acción, ya que las huelgas y las formas pacíficas condujeron a la pérdida del empleo y a sacrificios inútiles.

Las condiciones son ahora más graves para el régimen, ya que su intento de hacer retroceder al movimiento popular sin hacerle concesiones sólo ha servido para potenciar la guerra en los propios centros vitales. No se trata sólo de un fenómeno de lucha popular, sino de un fortalecido destacamento de lucha popular, el cual amenaza con arrastrar a grandes masas a la lucha insurreccional. En este sentido, considerar que se ha producido un reflujo a causa de la radicalización y de la falta de amplitud de las luchas populares es errado. Lo que hay, en realidad, es un avance hacia otras formas de lucha superiores con un desgaste temporal de determinadas formas de lucha, por el apareamiento de otras más políticas y radicales, las cuales han ampliado el contingente de fuerzas conductoras.

Pretender que las masas, frente a los despidos masivos, los asesinatos selectivos y la ausencia de victorias reivindicativas continuarían optando sólo por esas formas de lucha en aras de una ampliación de fuerzas es ilógico y suicida. Si se hubiera seguido ese

curso, el movimiento popular se hubiera acabado desmovilizando. El paso a la radicalización se ha ido produciendo en la misma masa y por las condiciones impuestas por el régimen al no hacer concesiones, reprimir y frustrar.

La existencia de un nuevo contingente conductor más radicalizado y numeroso provocará una nueva ampliación de fuerzas, la cual, al igual que cuando se produjo la ruptura con el terror en 1986, será fruto de una coyuntura política global. Sólo que ahora será una coyuntura más violenta, más extendida, más explosiva y definitiva. Como un ejemplo claro de esto se pueden citar las declaraciones de la UNOC, supuestamente la base social y el instrumento de la democracia cristiana, la cual, para mantener sus bases y asustar a la derecha, declaró que si se retrocedía en la reforma agraria tomaría las armas. Esta declaración expresa que la misma democracia cristiana conoce el sentimiento real de las masas ante sus problemas, ante la ausencia de concesiones y frente al desgaste de formas de lucha pacíficas.

Es errado pensar que las masas van a desistir de luchar. Al contrario, lo que quieren es luchar con la garantía del triunfo o, por lo menos, de avanzar. El pueblo salvadoreño ha acumulado enormes y cuantiosas razones de descontento en todos los órdenes y ello lo ha convertido en una poderosa bomba social. El evidente crecimiento acelerado que han tenido todas las organizaciones del movimiento popular en los últimos dos años, la rapidez con la que el FMLN ha podido generar nuevos escalones de crecimiento militar con guerrillas urbanas, milicias y con una diversidad de formas en casi todo el territorio nacional y la evidente fertilidad y demanda de organización y de alternativas

de lucha entre las masas son prueba elocuente de la tendencia creciente a la radicalización y de la explosiva situación. El FMLN ha encontrado terreno muy fértil para organizar y reproducir sus fuerzas y su complejo aparato político y militar en todo el país. Esto se podía poner en duda hace dos o cuatro años, cuando era un proyecto, pero hoy es una realidad evidente.

Si consideramos la amplia conciencia de oposición y de descontento existente, la crisis económica sin salida y el factor objetivo que empuja a luchar, y si en ese contexto colocamos, además, la existencia de un numeroso destacamento de masas radicalizado y la expansión y el crecimiento del FMLN, podemos concluir que lo que hace falta es ampliar y generalizar la violencia y la radicalización.

La generalización de la violencia de masas no es sólo fruto de un esfuerzo organizativo y de un plan. Es, sobre todo, un resultado coyuntural en el cual convergen diversidad de factores como el proceso de descomposición del gobierno y del ejército por sus propias contradicciones, la represión, el debilitamiento de los apoyos externos del proyecto contrainsurgente, los golpes militares del FMLN y las acciones de las mismas masas, las cuales, sumadas al resto de factores, pueden tener efecto detonante. Ciertamente, la suma de las fuerzas del FMLN con las fuerzas del movimiento popular constituye el contingente más numeroso, activo y cualificado de la sociedad salvadoreña. Esto no lo tiene ningún partido político, ni el gobierno.

En las condiciones actuales de un potencial estallido, el cual puede producirse en cualquier momento, ese contingente puede ser capaz de ampliar sus fuerzas y arrastrar a toda la sociedad a un cambio de correlación. Un ejemplo evidente de que no se puede ser mecánico ni estático al analizar la conciencia y el ánimo de las masas lo constituyen los incidentes ocurridos en el consulado nor-

teamericano en Tegucigalpa. Cualquier análisis previo, teniendo en cuenta el nivel de organización del movimiento popular y el desarrollo de la izquierda hondureña, hubiera determinado que tal cosa no podía suceder en Honduras. Sin embargo, la presencia norteamericana y de "la contra" es tan ostentosa que el sentimiento nacional se está convirtiendo en un factor de lucha más profundo que el social, y esto fue lo que produjo ese estallido espontáneo.

### 1.5. Duarte: dictadura de nuevo tipo

Los factores que empujan y abonan la rebelión de las masas en El Salvador son muchos y poco o casi nada puede hacerse para contenerla o desactivarla, ya que el modelo político de Duarte y de la democracia cristiana está virtualmente terminado. La lucha social se encamina, pues, hacia un estallido social resultado de la realidad objetiva y no de la voluntad del FMLN. Si la situación se encamina en esta dirección, no es por culpa del FMLN, sino de quienes se han opuesto a los cambios estructurales, de quienes han reprimido, de quienes no han querido hacer concesiones a las masas, de quienes se han negado a una solución negociada, de quienes han entregado la soberanía nacional, volviendo al país totalmente dependiente de Estados Unidos.

El triunfo de la revolución sandinista provocó una escalada contrarrevolucionaria de parte de Estados Unidos en la región centroamericana y una modificación del modelo de dictadura sostenido durante las últimas décadas. En El Salvador, el gobierno de Reagan, partiendo de un errado concepto de seguridad nacional, pretendió evitar una victoria revolucionaria modernizando la dictadura vigente y dando origen así a una dictadura de nuevo tipo con fachada civil.

El Salvador se convirtió en un nuevo modelo de dictadura contrarrevolucionaria, la cual se caracteriza por su muy completo y sofisticado enmascaramiento político. Este nue-

vo modelo de dictadura pasó a ser el plan piloto de la estrategia de *baja intensidad*, combinando tres elementos: primero, un genocidio (50 mil muertos y un millón de desplazados entre 1980 y 1981) como factor de contención del auge revolucionario; segundo, el escalamiento militar de la guerra, asumiendo Estados Unidos el control total del ejército salvadoreño; tercero, una fachada civil para el gobierno, es decir, un discurso demagógico, reformas o intentos de reformas para ganarse al pueblo estaba masacrando por otro lado.

El punto de partida de este nuevo modelo de dictadura fue el pacto hecho entre el PDC y el ejército, patrocinado por Estados Unidos. Duarte y los demócratas cristianos se comprometieron a dar mano libre al ejército y a garantizar que la matanza no sólo no fuera obstáculo para continuar con la ayuda externa, sino que ésta aumentaría y el gobierno no quedaría aislado completamente. En una acción simultánea, los norteamericanos escalaron la guerra e intervinieron en el país. Mientras los militares ejecutaban el genocidio, Duarte confundía al mundo. La dictadura militar de nuevo tipo se puso en marcha: un gobierno civil de fachada sin ningún poder real, pues el poder real estaba en manos de los militares y la soberanía en manos de Estados Unidos.

El gobierno de Reagan con su guerra de baja intensidad ha buscado legitimar su modelo con reformas, procesos electorales sucesivos, nueva constitución y juego político limitado. Todo esto para dar cobertura al contenido esencial de su plan cuyo centro era la acción contrarrevolucionaria. El móvil es un interés externo, la supuesta seguridad de Estados Unidos; pero, en definitiva, lo que se propone es salvar a su principal aliado interno en El Salvador, la oligarquía terrateniente. En este sentido, el modelo dictatorial aún está intacto.

Si la correlación de fuerzas cambiara a favor del régimen, éste asumiría de inmediato su forma tradicional. Duarte y la democracia

cristiana han sido un componente circunstancial, pero vital en la estrategia de la guerra de baja intensidad de Estados Unidos. El ejército y la oligarquía siguen siendo las fuerzas dominantes de la sociedad y, terminada la amenaza del FMLN, ambos llenarían de inmediato el vacío de poder. Ahora más que nunca, el ejército, dado el desarrollo de la guerra, está en disposición de convertirse en el eje de la sociedad. Su profesionalización y el proceso democrático son un discurso temporal para la guerra contra el FMLN.

Si comparamos las dictaduras tradicionales anteriores con el significado del modelo contrainsurgente después del pacto del PDC con el ejército, en enero de 1980, obtenemos el cuadro siguiente. Durante el gobierno demócrata cristiano han sido asesinados más salvadoreños que en todas las dictaduras anteriores. Durante el gobierno demócrata cristiano se ha llegado al nivel de empobrecimiento de las masas más grande de nuestra historia. Durante el gobierno demócrata cristiano se ha alcanzado el nivel de corrupción más alto registrado por la historia hasta ahora y éste ha superado, con mucho, al de las dictaduras anteriores. Durante el gobierno demócrata cristiano se perdió totalmente la soberanía nacional, superando así la dependencia de las dictaduras tradicionales.

No se puede negar que el modelo tuvo algún éxito al confundir internacionalmente, pues proyectó una imagen centrista y se presentó como un mal menor frente a la derecha oligárquica al dar legitimidad al gobierno y quitársela a la guerra revolucionaria. Sin embargo, los ocho años de guerra han desgastado totalmente el modelo y han debilitado su capacidad de cobertura, volviendo en su contra el juego electoral, dividiendo al PDC, retrocediendo las reformas, escalando la represión y sufriendo un nuevo aislamiento internacional por su política títere junto a Honduras.

Frente a esto se han vuelto a levantar las banderas del centro político y del peligro de polarización. Pero el problema fundamental de El Salvador no es la polarización, sino la intervención de Estados Unidos. Esta intervención ha bloqueado de modo determinante la solución negociada del conflicto, pues ha sido su ayuda militar la que ha prolongado la guerra. Asimismo, el principal instrumento de Estados Unidos para mantener su intervención ha sido la democracia cristiana. Por lo tanto, si el PDC se debilita, se complica la capacidad interventora de Estados Unidos y se comienzan a desbloquear las posibilidades de un entendimiento nacional. En este sentido, es totalmente equivocado presentar a la democracia cristiana como un mal menor y a la derecha oligárquica como mal mayor, puesto que ha sido la democracia cristiana la que ha salvado a la derecha oligárquica al facilitar la intervención de

Estados Unidos. En El Salvador, el mal mayor ha sido la intervención de Estados Unidos. Si su política y sus instrumentos se debilitan, las realidades objetivas aparecen más claras y las posibilidades del entendimiento pragmático entre las fuerzas internas con poder real mejoran sustancialmente. Duarte y la democracia cristiana son, prácticamente, fuerzas títeres, ajenas a los intereses nacionales.

A finales de 1979 hubo múltiples contactos entre las fuerzas revolucionarias, el movimiento popular y los sectores del ejército y de la empresa privada que estaban buscando una salida a la crisis. El pacto del PDC con el ejército, promovido por los norteamericanos, rompió este proceso y dio paso a la acción contrarrevolucionaria, impidiendo el entendimiento nacional y alargando la guerra. En las condiciones actuales, para buscar una



fórmula realista que ponga fin al conflicto, es necesario saber distinguir cuál es el curso que más se aproxima a la realidad objetiva de la correlación interna. Esto facilitaría las cosas.

En estos momentos se levanta el fantasma de la escalada represiva y del genocidio si llega a triunfar ARENA. Sin embargo, sin la cobertura de la democracia cristiana jamás hubiera sido posible que el ejército asesinara a tantos salvadoreños. Conviene reflexionar si en las actuales condiciones de correlación de fuerzas es posible ejecutar un nuevo genocidio, cerrar espacios e imponer el terror. Obviamente, las condiciones actuales son totalmente diferentes, altamente complejas y difíciles para hacer una nueva matanza. Tan claros están los propios asesores norteamericanos de éste que se están debatiendo buscando una estrategia represiva que pueda ser asimilada o disimulada. No se trata de que los estrategas quieran matar menos o estén matando menos, sino que es la realidad política interna y externa la que les impide actuar con la misma libertad con la cual lo hicieron en 1980. El incremento de la actividad del movimiento popular ha provocado una nueva escalada represiva, la cual intentan disimular, aunque cada vez es más difícil hacerlo. Diariamente muchos salvadoreños son asesinados en la ciudad y en el campo. Se han vuelto a producir matanzas y el ejército ha vuelto a disparar contra las movilizaciones. En estos momentos la represión dosificada o disimulada les resulta insuficiente y están ante la necesidad de aumentarla.

Guerra total y guerra de baja intensidad son la misma cosa en términos doctrinales. El sentido de la guerra total es enfrentarse en todos los campos de la sociedad. Pero en El Salvador el término guerra total y guerra de baja intensidad están teniendo una connotación diferenciada en relación a los tiempos, grados y profundidad de la represión para contener el auge revolucionario. Ambos conceptos y quienes los sostienen se proponen

reprimir y consumir un genocidio; por lo tanto, entre ellos no hay centro político ni males menores.

Para contener el movimiento revolucionario, los asesores norteamericanos y la democracia cristiana se proponen, con la estrategia de baja intensidad, matar cien mil salvadoreños en diez años. Los partidarios de la guerra total se proponen hacer lo mismo, pero en seis meses. En cualquier caso, el nuevo intento de genocidio cuenta con los siguientes factores adversos: peligro de que la represión acelere una detonación social y generalice la violencia de las masas; desgaste total del instrumento de cobertura (la democracia cristiana) y peligro real de aislamiento inmediato en el plano internacional y nacional, lo cual pondría en peligro el flujo de la ayuda que, en general, ya no tiene el mismo volumen que en los primeros años; produciría una amplia unidad interna de fuerzas, y, finalmente, la existencia y desarrollo político y militar del FMLN permitiría conducir la respuesta de las masas con mejor capacidad que en los años 1979 y 1980. Hasta los derechistas más desesperados y recalcitrantes se dan cuenta que no es tan fácil desencadenar una represión. Todos los manejos políticos que ARENA ha estado haciendo para aparecer como una derecha domesticada obedecen a la existencia de una correlación de fuerzas que bloquea y hace difícil la represión en gran escala. ARENA quiere hacer guerra total, pero no tiene quién la pague. Duarte hizo una guerra total en los dos primeros años de su mandato (1980 y 1981); en esos años mató a 50 mil salvadoreños y el gobierno de Reagan pagó por ello.

Las posibilidades de recuperación del modelo demócrata cristiano son muy pocas. En primer lugar, el PDC debe ganar las elecciones a ARENA, cosa bastante difícil. En segundo lugar, si ganara las elecciones, con el apoyo o la imposición de los norteamericanos, Chávez Mena tendrá mucho menos poder que Duarte (quien no tenía casi nada), pues recibirá el país en medio de una crisis política,

económica y social mucho más grande que Duarte. La crisis de poder será mucho más profunda, bloqueando desde arriba cualquier plan de gobierno. En términos de reformas no sólo no podrá hacer nada nuevo, sino que estas tendrán que retroceder. En este contexto y con las decisiones políticas en manos de Estados Unidos no será posible hacer nada por la paz a través del diálogo y la negociación.

Chávez Mena, además de evitar el entendimiento nacional, sólo podrá intentar lo mismo que hizo Duarte, encubrir otro genocidio, lo cual será un suicidio, y asegurar el apoyo de Estados Unidos para escalar la guerra, lo cual ya no servirá de nada.

#### 1.6. Las elecciones de 1989: una estrategia que se revierte

Con esta situación, las elecciones concebidas como un componente político fundamental del plan de guerra de baja intensidad han comenzado a revertirse. Su realización genera desestabilización, jugando más en contra que a favor del plan contrainsurgente y muy poco o nada pueden hacer para recomponer la situación.

En primer término, después de cinco procesos electorales, la guerra se ha mantenido y la crisis económica y social se ha agravado. El resultado ha sido que el pueblo tienda mayoritariamente a rechazar las elecciones.

En segundo término, la guerra sigue siendo el fenómeno político más importante de la sociedad salvadoreña y si los procesos electorales anteriores, los cuales tuvieron lugar en mejores condiciones, no sirvieron de nada en orden a superar la guerra, en la actualidad eso es menos posible.

En tercer término, al no resolverse la guerra, las elecciones, lejos de ser una vía de escape a las contradicciones del bloque de poder, las agudizan, desestabilizando el sistema.

El triunfo de ARENA en las elecciones

legislativas de 1988 generó una crisis de gobierno que los norteamericanos jamás hubieran deseado en condiciones de guerra. La derrota electoral del PDC en las últimas elecciones no fue un voto de castigo, sino un rechazo a las elecciones; es decir, el pueblo giró hacia la izquierda y no hacia la derecha. Esto llevó a la embajada de Estados Unidos a dividir al PDC para renovar su imagen y, por eso mismo, han aceptado la entrada de los partidos del FDR al país y a las elecciones. Pero esto es jugar con fuego porque han debilitado el instrumento político principal y han abierto espacios a fuerzas realmente opositoras que no están bajo su control en una situación convulsa que va más allá de las elecciones.

La embajada de Estados Unidos abriga la esperanza de que el FMLN conceda una tregua durante las elecciones y con ello y con la participación de Convergencia Democrática espera renovar el interés electoral de las masas. Pero las elecciones no pueden desmontar el estallido social ni poner el curso de la correlación de fuerzas a favor del plan contrainsurgente. Las elecciones son muy poca cosa para una crisis económica y política tan grande y para sobreponerse a la dimensión que la guerra tiene. Los partidos del FDR y el FMLN son fuerzas de naturaleza diferente y sus líneas de acción son también distintas. En este sentido, no se atan a estrategias. La guerra seguirá profundizándose al igual que la acción combativa de las masas.

La embajada norteamericana apuesta a dividir la alianza FDR-FMLN cuando su proyecto se encuentra débil y en descomposición, y cuando la tendencia de la correlación de fuerzas es a favorecer esa alianza. Muy al contrario, la acumulación de fuerzas lograda por el FDR-FMLN será puesta en función de lograr un cambio real en la correlación de fuerzas. El curso de la lucha social a partir de todos los argumentos planteados es no sólo fortalecer y darle más sentido político a la alianza FDR-FMLN, sino a

**Por lo tanto, si el PDC se debilita,  
se complica la capacidad de intervención norteamericana  
y se comienzan a desbloquear las posibilidades  
de un entendimiento nacional.**

una convergencia de fuerzas más amplia.

El FMLN rechaza las elecciones y su llamado a las masas es también a rechazarlas, buscando profundizar el sentimiento que ya existe contra ellas. Para el ejército y el gobierno, todos los procesos electorales han sido plebiscitos contra la lucha armada. Sea cual sea la actitud del FMLN, ésta ha sido la connotación que ellos han dado a las elecciones. Este es un hecho propagandístico totalmente intrascendente que no afecta al FMLN. Los procesos electorales no han debilitado al FMLN, pero al ejército, en cambio, le han agudizado los problemas militares cada vez que éstos tienen lugar. Por otro lado, sus resultados han agravado los problemas políticos del plan contrainsurgente.

Las votaciones, dada la extensión de la guerra a todo el país, son, en realidad, una operación militar que obliga al ejército a desplegarse y a poner todas sus fuerzas en función de ellas. Las ciudades, pero muchísimo más el campo, por efecto de la guerra, se encuentran militarizados. Cada departamento o región es un feudo en el cual los jefes del ejército (brigada o destacamento) tienen poder absoluto, pues ellos deciden por todos los otros poderes del Estado y buscan poner en función de la guerra toda la actividad civil. El poder local y los alcaldes son una estructura paramilitar del ejército, la cual organiza la defensa civil armada y establece redes de espionaje para aterrorizar y contrarrestar la organización popular. Su función no es prestar servicios públicos, sino realizar tareas paramilitares. Es decir, están en función de reprimir al pueblo y de combatir al FMLN. Esto explica la línea del FMLN contra las alcaldías y los alcaldes. En gran parte del país, el aparato electoral se monta con las tropas y las estructuras paramilitares

vinculadas a la defensa civil y los poderes locales. Durante las elecciones se usa una gran cantidad de tropa, helicópteros y diversos medios de guerra. Las masas son amenazadas, presionadas y obligadas por el ejército a sacar los carnets electorales, a organizar partidos y juntas electorales y a votar. En general, las masas viven y deciden su voto bajo el trauma de las matanzas y de los asesinatos cometidos por el ejército y frente a una presencia militar amenazante en todas partes. En síntesis, al existir una guerra tan extendida, las elecciones se convierten en una acción de guerra ofensiva y defensiva para el ejército. Gran cantidad de tropa es destinada a dar seguridad y protección en las ciudades y en la retaguardia del ejército, mientras otros contingentes militares desarrollan operativos sobre los frentes del FMLN, provocando un sobre esfuerzo militar. Sería una ingenuidad del FMLN favorecer o permitir que el ejército desarrolle con tranquilidad su plan y no aprovechar esa situación para atacarlo y desestabilizarlo en todo el país, incluyendo la capital y las otras ciudades importantes. Todo ello como consecuencia de celebrar elecciones en medio de una guerra. El FMLN no está en contra de las elecciones por principio. Está en contra de las elecciones realizadas bajo estado de guerra y con el país sometido a Estados Unidos, que es el que decide, en realidad, los destinos de El Salvador. Mientras no se rescate la soberanía nacional y no haya una solución nacional a la guerra no habrá elecciones verdaderas en El Salvador.

Las elecciones son pasajeras y totalmente incapaces de contener la tendencia a la generalización del descontento, de la violencia popular y de la convergencia de fuerzas por una solución política. En este momento, su ejecución y sus resultados operan más en contra del plan contrainsurgente que a su favor.

### 1.7. El escalamiento de la guerra en el límite de sus posibilidades

El escalamiento de la guerra como alternativa para Estados Unidos tiene ahora, en términos relativos a la complejidad de la situación política, militar, económica y social márgenes más estrechos como para que se le pueda conferir un papel omnipotente de salvación. En este sentido, no se puede sobrevalorar el papel de Estados Unidos en cuanto a su capacidad para evitar un cambio en la correlación de fuerzas porque el problema no es, por un lado, cuánta fuerza tiene, sino cuánto de su poderío está en capacidad de desplegar en la situación de El Salvador, y, por otro lado, cuánto de ese poderío están en capacidad las fuerzas armadas y el gobierno salvadoreño de asimilar y volver efectivo. La determinación de estos montos depende de los márgenes donde se mueve la estrategia de guerra de baja intensidad.

Un escalamiento de la guerra se mueve en el marco de dos realidades, la realidad política en Estados Unidos y la realidad política, económica, militar y social en El Salvador. Lo hecho hasta ahora, en términos de escalamiento de la guerra, representa casi todo lo que ambos podrían hacer. Pensar en un nuevo escalón es un tanto complicado por lo siguiente. En términos tecnológicos, en El Salvador se está utilizando casi toda la tecnología militar y el armamento que Estados Unidos tiene para las guerras irregulares. Por otro lado, en las condiciones en las cuales la guerra se desarrolla en El Salvador no son aplicables armas convencionales de mayor poder destructivo. Los mismos asesores norteamericanos consideran que al haberse sobregirado en algunos apoyos técnicos, como en el de la guerra aérea, han generado dependencia, acomodamiento y debilidad en las fuerzas armadas salvadoreñas.<sup>(6)</sup>

En El Salvador está en uso todo el armamento de infantería más avanzado para la guerra irregular, los aviones cazabombarderos más modernos y apropiados para la

guerra irregular, los helicópteros de transporte y de apoyo de combate más adecuado al terreno y a las características de la guerra irregular de El Salvador, los sistemas de comunicación y radio-rastreo más sofisticados que existen en Centroamérica, las piezas de artillería con el alcance y volumen de fuego adecuado a la dimensión del territorio y teatro de operaciones. Si con este nivel de tecnología militar, Estados Unidos ha matado a 60 mil salvadoreños y ha desplazado a un millón, la utilización de armas convencionales de mayor poder destructivo significaría proponerse un genocidio para el cual no existen condiciones de asimilación ni de comprensión en la sociedad norteamericana. Además, el tipo de guerra, en la cual el ejército, las guerrillas y la población conviven en los mismos espacios, no permite desplegar este tipo de armas.

En términos tácticos y de concepción, para los asesores norteamericanos El Salvador constituye el esfuerzo piloto de las guerras irregulares. En este sentido, todo lo aplicado en Vietnam, corregido y mejorado, ha sido puestas en práctica, sin éxito, en El Salvador.

En términos cuantitativos, el escalamiento de la guerra enfrenta problemas, pues no es posible hacer crecer al ejército con el simple aumento de la ayuda. El problema de crecimiento del ejército no depende sólo de contar con los dólares, las botas y los fusiles, sino de la situación política, económica y social de El Salvador y sobre todo de la realidad militar. Teóricamente, el ejército salvadoreño, según las declaraciones de sus jefes, tiene alrededor de 50 mil hombres en plantilla; pero informes de inteligencia, obtenidos de la mayor parte de las unidades de combate, permiten concluir que el ejército no logró mantener ese nivel de soldados. Actualmente sus efectivos oscilan entre los 36 y 38 mil hombres. Sus batallones élites ahora sólo tienen 800 efectivos. Los llamados batallones antiterroristas (BIAT) de algunos destacamentos que antes tenían 500 hombres, ahora sólo tienen 350 y los batallones de ca-



zadores antes integrados por 300 hombres, ahora lo están por sólo 200.

Esta situación se explica a partir del desgaste y de las deserciones que han sufrido por la intensidad de la guerra. Según las declaraciones de los voceros del hospital militar, ahí se atienden 25 heridos diarios. A esa cantidad hay que agregar los muertos y gran cantidad de bajas ajenas al combate, resultado del sobreesfuerzo al cual han sido sometidas las tropas. Este nivel de desgaste, las exigencias físico psicológicas a la tropa, los bajos salarios y prestaciones y, sobre todo, la resistencia política de la población al reclutamiento militar, mantienen en el ejército un nivel de deserción tan alto que le es imposible sostener sus plantillas según lo pre

supuestado, muy a pesar de contar con el dinero y las armas para más hombres. Lo mismo sucede con las fuerzas de la defensa civil, pues la población rechaza tomar las armas y enrolarse en fuerzas paramilitares. La prolongación de la guerra y la existencia de miles de lisiados —la mayoría de ellos viven en cuarteles y deambulan por las calles— constituyen un importante factor que provoca descomposición y deserción en las filas del ejército y rechazo al servicio militar por parte de las familias. Por otro lado, mantener todo ese aparato de guerra se ha vuelto muy complicado en términos de administración y seguridad y ha hecho difícil crecer en diez o veinte mil hombres más, cuando con dificultad logran conservar las plantillas originales. Tampoco han podido garantizar

## **El FMLN no está en contra de las elecciones por principio. Está en contra de las elecciones realizadas bajo estado de guerra y con el país sometido a Estados Unidos.**

los suministros administrativos de la plantilla actual. Este problema no es financiero material, sino político, social y humano. Por lo tanto, su solución no radica en escalar la guerra a no ser que envíen tropas.

En los años de 1981, 1982, 1983 y 1984 se podía decir que al ejército le faltaba crecer, le faltaban técnicas, le faltaban oficiales y suministros logístico y material; pero ahora ya nada de eso le hace falta y poco o nada más se puede pedir. Esta situación se da cuando la guerra ya no es sólo un fenómeno militar, sino cuando además de serlo ha aparecido el factor de desequilibrio más peligroso debido a la profundización del descontento popular y al agravamiento de la crisis económica, política y social. El gobierno y el ejército se encuentran ante la misma situación que en 1980 los llevó a asesinar a decenas de miles de salvadoreños para contener el auge revolucionario. Pero ahora el problema es mucho mayor y escalar la guerra no lo resuelve. Incrementar la ayuda sólo indigestará al gobierno y a las fuerzas armadas, aumentando la corrupción, la descomposición y disminuyendo mucho más su efectividad.

Sin poder descartar la intervención directa de las tropas norteamericanas, es conveniente señalar que ésta tiene márgenes muy complicados de decisión en Estados Unidos y, por otro lado, tampoco sería efectiva ya que ahora, mucho más que antes, se enfrentaría a una guerra de desgaste cuyo costo sería muy elevado en vidas norteamericanas y tendría que enfrentarse a una resistencia popular y a una unidad nacional de grandes proporciones. Para cualquier gobierno norteamericano sería una situación muy difícil de explicar y sostener frente a su pueblo y al mundo.

No se trata de subvalorar el poderío norteamericano, el cual, indudablemente, es muy

grande, pero es que también es importante no sobrevalorarlo, de tal manera que las alternativas y los espacios para la lucha puedan moverse en un campo más amplio de posibilidades y alternativas justas y verdaderamente nacionales. Tampoco se trata de ganarle una guerra a Estados Unidos, sino de defender con realismo un proyecto nacional que traiga la paz duradera y la justicia. No hay razones para rendirse frente al fantasma de la intervención.

Ocho años de guerra y resistencia a la política de intervención de Estados Unidos no han pasado en vano. El nuevo gobierno del presidente Bush tiene que medir los costos, los resultados y las perspectivas pragmáticamente. La idea de peligro para la seguridad de Estados Unidos es un planteamiento ideológico del gobierno de Reagan, el cual exageró la importancia de la situación en El Salvador y no admitió otras alternativas.

### **1.8. Guerra e insurrección: el FMLN construye su concepción de ofensiva**

En alguna medida, la dificultad para ver las posibilidades de una victoria revolucionaria surge, entre otras cosas, porque no se logra entender cuál podría ser la concepción estratégica de ofensiva elaborada por el FMLN en una guerra tan compleja como ésta. La estrategia revolucionaria salvadoreña durante algún tiempo fue considerada por algunos como una repetición de la estrategia vietnamita y, por lo tanto, al no contar con retaguardias inmediatas ni con apoyos estratégicos directos y fuertes, se le confirieron escasas posibilidades de resistencia ante la escalada de la intervención de Estados Unidos. El tiempo demostró que el FMLN pudo resistir dicha escalada, manteniendo exitosamente la guerra revolucionaria. Esto se logró a tal punto que muchos coinciden en seña-

**Desde el punto de vista militar,  
el FMLN ha sabido mantener un empuje ofensivo de dimensiones  
muy grandes, cambiando de estrategia de acuerdo al cuadro político.**

lar que es muy difícil o imposible el poder derrotar al FMLN, a pesar del poderío norteamericano.

Las características cobradas por la guerra en su primera etapa hicieron pensar a muchos que sus etapas definitorias se fundamentarían en una estrategia esencialmente militar, basada en concentraciones de fuerza, poder de fuego y avance casi regular de las fuerzas del campo a la ciudad, confiriéndole a las masas un papel menor. La influencia de este enfoque generó también la idea de que la victoria revolucionaria era imposible. Ahora que las condiciones han comenzado a cambiar y que hablamos de estallido social e insurrección popular, estos conceptos se remiten de inmediato a la experiencia más cercana, la de Nicaragua. Sin embargo, al no encontrar una situación similar se le ven pocas posibilidades a un proceso insurreccional, incurriendo en el mismo error cometido cuando se le confirieron al FMLN pocas posibilidades para resistir. El FMLN cometería un grave error si pretendiera hacer copias mecánicas.

Nuestro proceso tiene sus propias particularidades, fruto de las condiciones en las cuales se está desarrollando y, por lo tanto, requiere de la construcción de sus propios conceptos para su ofensiva estratégica. Así, la insurrección popular en El Salvador no es comparable con el fenómeno casi estrictamente urbano que se produjo en Nicaragua. En El Salvador existe ya un proceso de insurrección permanente de las masas campesinas, el cual, en el último año, se ha acrecentado y extendido a casi todo el país. Sólo a partir de esto es posible explicarse que el FMLN haya podido mantener su crecimiento, reponer sus bajas y aumentar sus fuerzas.

Es bastante evidente que el FMLN ha desplegado nexos con nuevos contingentes de

masa en áreas vitales cercanas a las ciudades y dentro de las mismas ciudades. La densidad de la población de El Salvador, totalmente diferente a la nicaragüense, le proporciona las características de una conformación suburbana con una composición social bastante diferente, lo cual permite preveer que el concepto de insurrección popular tendrá, en este caso, sus propias particularidades debido a que el equilibrio entre el campo y la ciudad, lo urbano y suburbano, es diferente. Por otro lado, el peso del factor militar y el desarrollo de la capacidad militar son también distintos. No se trata de un fenómeno estrictamente insurreccional, como el que casi se produjo en Nicaragua, sino de una combinación de guerra e insurrección popular, en la cual los conceptos de tiempo, parcialidad y generalización de la guerra y de la insurrección son diferentes. Es un error de mecanicismo evaluar las posibilidades de un proceso insurreccional en El Salvador trasladando el concepto de ofensiva final e insurrecciones urbanas generalizadas como las ocurridas en Nicaragua.

En el caso de El Salvador, la insurrección campesina, la guerra como fenómeno militar y la insurrección de las áreas suburbanas y urbanas le están dando otra característica al proceso, el cual no está descansando solamente en las ciudades. Por eso mismo es muy difícil contener el proceso insurreccional que ya se encuentra en marcha en El Salvador. El fenómeno está más extendido y es más general por las particularidades de su territorio y la densidad de su población. Asimismo algunos intentan fijar el concepto de ofensiva del FMLN, estableciendo una fecha, un día y una hora, e incluso hay quienes están estableciendo el tiempo concreto, de tal manera que si la ofensiva no se produce en ese plazo ya fijado, ésta supuestamente habría

fracasado.

Dadas las particularidades de la guerra y su complejidad no se puede restringir el concepto de ofensiva a una fecha, ya que los factores que se conjugarán serán el resultado de una lucha social cuyo curso marcha hacia una insurrección popular. Esa insurrección será el resultado de múltiples factores tales como la ofensiva militar del FMLN, el proceso insurreccional de las masas en la ciudad y en el campo, la generalización de la represión, la descomposición política del gobierno y de las fuerzas armadas, y el debilitamiento de la política de Estados Unidos y de sus instrumentos en El Salvador. Estos factores y otros más se encuentran en marcha. Su interacción coyuntural ascendente tendrá efecto detonante. En todo esto, cabe tener en cuenta, como un elemento objetivo, que el FMLN ahora tiene más capacidad y experiencia política que antes y que, a diferencia de la coyuntura de 1980, está previendo la situación y no tratando de insertarse espontáneamente en ella.

En El Salvador, la guerra revolucionaria ha sido un factor altamente desarrollado. Basta con considerar algunos datos de los ocho años de su duración. El FMLN ha causado más de 30 mil bajas, ha capturado más de 2 mil prisioneros y más de 10 mil armas, ha atacado con éxito o tomado más de una docena de posiciones estratégicas del ejército, dentro y fuera de la ciudades —cuarteles de brigada, destacamentos, presas hidroeléctricas, el principal centro de instrucción, la única base de la Fuerza Aérea y, últimamente, el propio cuartel de la Guardia Nacional de la capital. En combates casi regulares el FMLN ha aniquilado compañías y ha desarticulado batallones enteros. En golpes de mano fulminantes en minutos ha aniquilado centenares de veces posiciones de

compañías y batallones. En gran parte del territorio el ejército debe mantenerse en movimiento permanente para evitar los ataques de aniquilamiento del FMLN.

En la guerra de desgaste, el promedio de emboscadas ha sido de una por día, en todas las carreteras estratégicas, autopistas y ahora dentro de la capital y las ciudades. El ejército tiene más de 4,500 lisiados de guerra, producto de las tácticas de desgaste del FMLN. El FMLN ha derribado o destruido en tierra más de 60 medios aéreos. Igualmente, centenares de camiones y vehículos blindados de transporte militar han sido destruidos en combate. Decenas de cuarteles e instalaciones militares han sido reducidas a cenizas. El FMLN tiene a su alcance todas las carreteras del país, está en trece de los catorce departamentos, en todas las cordilleras del país; en las alturas y volcanes próximos a las ciudades hay guerrillas armadas permanentes y ahora existen comandos urbanos prácticamente en todas las ciudades.

El FMLN ha bloqueado el proyecto económico contrainsurgente con un sabotaje de dimensiones estratégicas al volar decenas de puentes, incluidos los dos más importantes; al destruir decenas de ingenios de café, caña de azúcar y algodón, incluidos los más grandes e importantes, y al interrumpir constantemente el sistema eléctrico en más del 80 por ciento del país.

Desde el punto de vista militar, el FMLN ha sabido mantener un empuje ofensivo de dimensiones muy grandes, cambiando de estrategia de acuerdo al cuadro político. En América no existe precedente de una presión militar revolucionaria y desestabilizadora como la ejercida por el FMLN. De no ser por el apoyo de Estados Unidos, el gobierno y el ejército salvadoreños habrían colapsado hace mucho tiempo. Se puede describir la gue-

**El ejército tiene una tradición de rebelión,  
producto de su composición social,  
pues no está integrado ni por oligarcas ni por norteamericanos.**

ra como un juego de ajedrez en el cual el FMLN ha puesto en jaque constantemente al ejército, pero hasta ahora la ayuda de Estados Unidos lo ha salvado siempre. En la situación actual, sin embargo, el FMLN tiene ya en sus manos la pieza decisiva: las masas, a las cuales utilizará para dar el jaque mate.

La nueva estrategia militar de comandos y guerra irregular diseñada por los asesores y proclamada por el coronel Ponce para desestabilizar al FMLN en sus territorios, mientras las tropas de operaciones se ganan a la población, resulta totalmente absurda y desfasada cuando el FMLN se ha lanzado de manera resuelta a buscar la definición de la guerra en las áreas vitales, movilizándolo el factor que rompe de manera total y definitiva el equilibrio, el pueblo.

Esta estrategia de los asesores, al igual que las anteriores, ha llegado tarde y ha encontrado al FMLN en otro momento. La guerra ya superó la fase de disputa de poblaciones aisladas. Lo que ahora está en disputa es todo el pueblo, en la ciudad y en el campo; un pueblo al cual el régimen no tiene capacidad de hacerle concesiones de ningún tipo. El estado mayor no puede detener la creciente lucha popular generalizada clamando por tierra, paz y trabajo en las ciudades y en las áreas vitales, mientras él sólo ofrece payasos, dulces y sacar muelas en lugares remotos. Como siempre, llegaron tarde y van detrás de lo que el FMLN hace.

La moral del ejército está débilmente ligada al apoyo de Estados Unidos y a la estabilidad de sus mandos en las ciudades y en los cuarteles. Lo primero ya no sirve para mucho y lo segundo se ha terminado. La guerra ha llegado a las ciudades en gran escala. Por eso, la concepción de ofensiva del FMLN no es mecánica ni copia de ninguna otra.

Ahora el ritmo, los tiempos y la profundidad de las batallas estarán marcados por el pueblo.

### 1.9. La tradición de rebelión de las corrientes patrióticas en el ejército: una posibilidad de encuentro real

En las probables características que irá cobrando el proceso insurreccional en El Salvador existe también un proceso casi seguro de división en el ejército. Este proceso de división se constituirá en un componente estratégico del proceso insurreccional. Esta tesis no es antojadiza ni obedece al manejo político, sino que tiene asidero histórico y estructural. El ejército salvadoreño, al igual que otros ejércitos de América Latina, ha constituido el cuerpo político más desarrollado de la sociedad. No en balde fue siempre considerado por la oligarquía como el *partido político* que mejor la ha representado. Esto se explica a partir del atraso de nuestras sociedades.

Durante muchas décadas, la oligarquía delegó el poder en los militares, pero manteniéndolos alejados de su clase y asignándoles el papel de administradores de su poder. Por eso, en la composición social del ejército predominan las capas medias de extracción popular. En la gran mayoría de casos, a excepción de unos cuantos generales y coroneles millonarios, el ejército ha sido una estructura social mantenida con migajas de corrupción que hoy, a raíz de la guerra, se han visto acrecentadas, pero sus miembros jamás se han aproximado al poder económico de la oligarquía ni la riqueza ha sido repartida igualitariamente entre sus miembros.

En los ocho años de guerra, los norteamericanos han hecho un enorme esfuerzo para colonizar totalmente al ejército rompiendo sus tradiciones: la lógica histórica de la sucesión de sus mandos y su sentido de lo na-

**Realizar un cambio social en nuestro país no significa destruir al ejército, sino contar con un poder militar que asegure y defienda ese cambio.**

cional. Los norteamericanos han tratado de convertir al ejército en un apéndice completamente sometido a su política. Pero ocho años es poco tiempo para romper con determinadas tradiciones y con factores estructurales, lo cual podría provocar un deterioro creciente e importante de la capacidad de Estados Unidos para controlarlo. La gran mayoría de los oficiales del ejército está perfectamente clara y es consciente de ser un apéndice de la estrategia militar norteamericana, pero, por otro lado, sabe que constituye el poder real en El Salvador y que el proceso democrático es una falacia.

El ejército se mantiene en guerra contra el FMLN por su temor ideológico al cambio social. La oligarquía y Estados Unidos han exacerbado esos temores y el anticomunismo del ejército. Pero en tanto el ejército haya ejercido el poder y siga ejerciéndolo, su conducta frente a la situación de la sociedad no

es vertical ni armónica ni obediente, pues en su seno tiene también una tradición de rebelión, producto de su composición social, pues no está integrado ni por oligarcas ni por norteamericanos.

Siempre que en la historia de nuestro país se aproximan o se han producido estallidos sociales, algunos sectores del ejército se han vuelto sensibles a la lucha y a las demandas populares, generando tendencias progresistas en su seno, las cuales, en diferentes coyunturas, han tomado incluso el poder momentáneamente. Al final, estas tendencias han tenido que retroceder por no tener claridad en sus objetivos ni suficiente fuerza.

Al enfrentar situaciones de crisis, el ejército abre un proceso deliberativo que ya le es tradicional como cuerpo político que ejerce poder en la sociedad y, sobre todo, porque es a él al que le será asignado el papel de consu-



mar la matanza para detener la lucha social. Frente a esta situación, dentro del ejército salvadoreño, siempre ha cobrado cuerpo una tendencia histórica bajo formas patrióticas, nacionalistas, constitucionalistas e incluso revolucionarias con sus propias particularidades. Los norteamericanos, conocedores de este fenómeno, han hecho un enorme esfuerzo para quebrar la capacidad deliberativa del ejército, buscando su máxima ideologización anti-comunista e introduciéndole miedo a la revolución y al FMLN. De esta manera ha tratado de hacer obediente al ejército a sus concepciones y planteamientos, evitando así que pueda desarrollar tendencias orientadas a la búsqueda del entendimiento nacional.

Este fenómeno se ha expresado históricamente a lo largo del presente siglo y si nos remitimos al siglo pasado encontraremos más manifestaciones de esta tradición dentro del ejército. No en balde y con justeza muchas de las figuras históricas que le dieron cuerpo a nuestro sentido de nación fueron militares (generales Manuel José Arce, Gerardo Barrios, Ramón Beloso, Francisco Morazán, etc.). En 1944 se combinaron un alzamiento militar con otro popular contra la dictadura de Hernández Martínez; durante el alzamiento fueron fusilados bastantes militares patrióticos. Este alzamiento fue una lógica reacción de la base social del ejército contra el poder dictatorial. En 1960 hubo un nuevo alzamiento militar cuyo detonante fueron las luchas estudiantiles. En 1972 hubo otro alzamiento militar como resultado del fraude electoral. Posteriormente, en 1979 se produjo un nuevo alzamiento militar como resultado de la represión de la dictadura contra el movimiento popular. En 1981, dos oficiales del ejército, los capitanes Emilio Mena Sandoval y Marcelo Cruz Cruz, junto con clases y tropa, participaron con el FMLN en la ofensiva del 10 de enero.

En todos estos alzamientos existe una constante: la corriente patriótica no ha logrado hegemonizar o a lo más lo ha logrado

sólo momentáneamente, con lo cual la historia está llena de militares fusilados, exiliados, perseguidos o convertidos en elementos inofensivos en el servicio exterior; otros se han pasado a la oposición, tratando de rescatar esa tradición de lucha y buscando dar a las fuerzas armadas un papel en el cambio social que ellos han entendido como inevitable y necesario. El problema fundamental ha sido, por un lado, la escasa fuerza de esta corriente y, por el otro, la inexistencia de una correlación social a nivel popular cuando ella se ha manifestado, que posibilitara un entendimiento, volviendo hegemónicas a las fuerzas del cambio social.

En las condiciones actuales cabe preguntarse si los norteamericanos y la oligarquía podrían acabar con esta tradición histórica, obligando así al ejército a una confrontación con el pueblo sin que dentro de éste haya quienes se opongan. Analizando la situación, sin profundizar mucho en el pensamiento de los oficiales y jefes, hay que tener en cuenta que la composición social del ejército sigue siendo la misma y que, si bien la guerra les ha mejorado las prebendas, también es cierto que ahora los ha obligado a jugarse la vida, a hacer mayores sacrificios y a sufrir grandes privaciones. Asimismo también hay que tomar en cuenta que la deliberación dentro del ejército está siendo dinamizada por el problema de la lucha popular y por el de la soberanía, amenazada gravemente por la intervención y el control norteamericanos sobre el mismo ejército.

Es bastante previsible que estos factores hagan crisis en un determinado momento, pero ahora, a diferencia del pasado, existe una correlación social a nivel de las fuerzas revolucionarias y el movimiento popular, la cual no dejará sola a ninguna tendencia dentro del ejército dispuesta al entendimiento nacional para el cambio social. Realizar un cambio social en nuestro país no significa destruir al ejército, sino contar con un poder militar que asegure y defienda ese cambio,

pues éste significa paz duradera para el país.

El objetivo de todos estos planteamientos es intentar hacer previsiones sobre la situación con un análisis lo más objetivo posible. Esta es una responsabilidad de una fuerza como el FMLN. No podemos basar nuestros planes en sensaciones, olfatos, creencias o, peor aún, ser sorprendidos por un estallido social. En ese sentido, no se trata de creer o no creer, ver o no ver, sino de analizar y debatir con seriedad. Estos planteamientos no niegan la voluntad de solución negociada ni se inspiran en ánimos guerreristas y triunfalistas; más de 60 mil muertos son suficiente cuota de sacrificio para un cambio revolucionario. Este análisis fortalece las perspectivas de una solución negociada a la guerra, al irse modificando la correlación de fuerzas. Si hay madurez, voluntad y habilidad política, lo lógico será salirle al paso a esta situación con una negociación. Por eso hay que pasar del diálogo formal a la negociación real..., la palabra la tiene la otra parte. El FMLN está listo para iniciar un diálogo encaminado a una negociación real.

## **2. Un proyecto revolucionario abierto, pluralista y democrático: ¿propaganda o nueva realidad política?**

Las características de las revoluciones son resultado histórico concreto de la realidad objetiva en la cual tuvieron que desarrollarse. Por ello, a cada proceso revolucionario le toca desarrollar sus propios conceptos y su propio modelo de revolución. Teniendo como base esta afirmación podemos profundizar un poco más acerca de cómo sería o cómo se tendría que contextualizar históricamente el proyecto revolucionario salvadoreño.

Este asunto es de suma importancia para determinar qué tan ciertos pueden ser los rumores sobre un proyecto revolucionario del FMLN no ajustado a la realidad histórica y que responda más a un esquema o definición ideológica.

## **2.1. La flexibilidad estratégica del FMLN**

Mucho se ha hablado del peligro que puede representar un triunfo revolucionario en El Salvador, puesto que significaría la aplicación de un esquema radical. Algunos han hablado del peligro polpotiano y el gobierno de Reagan ha construido un fantasma acerca de la dureza y radicalidad del FMLN. Con ello tratan de que las fuerzas que aceptan y entienden que nuestros países necesitan cambios revolucionarios apoyen su política de agresión al no encontrar alternativas de transformación que sepan conjugar la realidad interna que lleva a la necesidad del cambio con el marco geopolítico de Centroamérica, América Latina y el mundo.

Por eso mismo, el gobierno de Reagan ha mantenido como argumento fuerte que El Salvador constituye un peligro para la seguridad nacional de Estados Unidos. Cabe señalar que también existen fuerzas que muestran o aparentan incredulidad ante las perspectivas de una victoria revolucionaria, más por temor a ésta que porque no crean en la posibilidad de un triunfo revolucionario. Incluso se habla de la inconveniencia de la victoria revolucionaria porque ella traería otra guerra, presuponiendo que se trataría de una guerra contrarrevolucionaria impulsada por Estados Unidos contra El Salvador.

Las afirmaciones sobre una supuesta radicalidad son subjetivas y adolecen de falta de profundidad al analizar históricamente el proceso de construcción del FMLN y la correlación interna y externa donde se inscribiría el cambio.

Para responder a estas inquietudes no podemos quedarnos sólo en las ofertas del discurso y del lenguaje que apelan a la buena fe y a la credibilidad de nuestro programa. Es necesario probar que el contexto histórico interno y externo determina que el cambio revolucionario en El Salvador responde a un proyecto amplio y abierto, y que esta determinante también mueve el pensamiento

## Vale la pena reflexionar si no será que los imperios invaden, agreden y tratan de someter siempre.

del FMLN. De lo contrario, éste cometería un error y se aislaría de una gran multiplicidad de fuerzas vitales para que el cambio sea profundo, serio y realista.

Aquí aparece nuevamente el problema de la realidad objetiva y del curso que lleva la situación. En la medida en que la voluntad de acción responde a un interés ideológico más que a un objetivo histórico concreto, necesario y posible, cae en el dogmatismo, y el movimiento revolucionario en general mantiene una lucha permanente contra él. No se trata de hacer concesiones, sino de las características del cambio revolucionario; no se trata de dosificar la revolución para volverla aceptable, sino de que las condiciones actuales son diferentes.

Sería deshonesto y burdo negar la incidencia del marxismo y del leninismo en el FMLN. En primer lugar, muy pocos o nadie lo creería y, en segundo lugar, no sería cierto. Por otro lado, los revolucionarios no podemos negar esa influencia para defendernos del anticomunismo retrógrado.

En general, los sectores medios de la sociedad están siendo bombardeados con una serie de creencias sobre los revolucionarios y las revoluciones, las cuales no están motivadas sólo por la sensibilidad hacia sus intereses materiales, sino por un recargo ideológico de lo que en realidad es el marxismo leninismo como una teoría de las ciencias sociales.

La sociedad norteamericana está fuertemente ideologizada y llena de creencias anticomunistas que le impiden ver la realidad y ésto la lleva a equivocarse en sus políticas. Para la sociedad norteamericana la definición ideológica es el criterio fundamental en orden a diferenciar amigos y enemigos. Esto la lleva a invertir más recursos para luchar contra los hambrientos que para combatir el hambre.

Es un grave error histórico y político el universalizar los propios modelos y rechazar totalmente los otros en un mundo con una gran complejidad de sociedades, cada una de ellas con determinaciones históricas y desarrollos diferentes. La influencia del marxismo leninismo como teoría científica social es ya universal, no sólo en el campo socialista, sino también en el mundo capitalista.

El FMLN acepta y entiende el marxismo leninismo como disciplina científica para analizar la realidad y como teoría de organización para la lucha, pero sin convertirlo en dogma que nos aisle de nuestras realidades. Eso va en contra de la ciencia y del arte de hacer política. El FMLN no discute sobre teoría o definiciones ideológicas, sino sobre la realidad. Esto no significa que el FMLN niegue que las ideas revolucionarias hayan tenido también un manejo ideológico. Esto se explica como parte de su desarrollo y como reacción defensiva necesaria frente al intento de impedir su difusión. Vivimos ya en un mundo donde la comunicación social está altamente desarrollada y cada vez es menos posible bloquear ideas para unos y para otros. Cada revolución debe construir su propio pensamiento revolucionario renovado y adaptarse a sus propias realidades.

Así como no se pueden establecer los márgenes de confiabilidad sólo a partir del discurso, sería también un error presuponer una conducta política sin tener en cuenta los factores de la realidad que determinan esa conducta, únicamente porque no se puede confiar en *los comunistas*. Esto es subjetivo y falta de realismo. Por eso no se puede afirmar la supuesta radicalización del modelo revolucionario del FMLN sin analizar el contexto donde éste se está moviendo ni cuáles serían los cursos históricos más probables de su conducta, de acuerdo a la realidad y a lo que ha sido su práctica política hasta hoy.

Analizando el proceso de desarrollo del FMLN y la construcción de su pensamiento político hasta ahora, podemos concluir que a lo largo de su historia ha desarrollado una gran capacidad de adaptación a la realidad y, por ello, precisamente, ha podido resistir y mantenerse en guerra. El movimiento revolucionario salvadoreño nació, lógicamente, con posiciones políticas muy ideologizadas, pero fue influenciado por múltiples corrientes y debates ocurridos en el seno del movimiento revolucionario en todo el mundo. Luego enfrentó una fuerte lucha ideológica y momentos muy críticos de los cuales, evidentemente, salió adelante más maduro y con más experiencia. La realidad nos muestra hoy un gran despliegue en la capacidad política del FMLN para mantener el arraigo entre las masas, para enfrentar las coyunturas y para debatir políticamente con otras corrientes. En este sentido es importante tener en cuenta elementos como la fuerte base cristiana, el nivel de integración de las mujeres, las políticas de autogestión entre las masas, la capacidad de enfrentar los eventos de diálogo, las propuestas pragmáticas de negociación y desescalamiento de la guerra, la solidez de su unidad y de las alianzas y sobre todo el aprovechamiento de las coyunturas y la capacidad de adaptación a la situación. Es importante también tener en cuenta el nivel de representatividad y reconocimiento internacional de parte de todo tipo de corrientes de pensamiento.

Todo esto no sería posible sin la flexibilidad de la estrategia del pensamiento político que se ha ido desarrollando en el seno del FMLN. Algunos tratan de usar la aparente radicalidad de algunas de sus acciones militares (sabotajes, minas, etc.) como argumento para extrapolar cómo será su proyecto histórico. Sin embargo, cabe preguntarse si esta radicalidad de acción, que es un problema de táctica y no de proyecto histórico, no se explica más a partir del nivel de intervención de Estados Unidos en el conflicto que por una voluntad política radical. Con un

genocidio de 60 mil muertos, un millón de desplazados, tres mil millones de dólares y toda la tecnología norteamericana metida en la guerra, descargando fuego y muerte en nuestro país, era muy difícil o imposible que el FMLN hubiera podido librar con éxito la guerra y enfrentar la intervención de Estados Unidos con un modelo de guerra tipo Robin Hood. Las tácticas utilizadas por el FMLN han probado su efectividad para detener y derrotar una agresión injusta e inmoral. Estas tácticas sirven para defender un objetivo histórico amplio, democrático y realista.

Estados Unidos ha pretendido señalar al FMLN como un movimiento terrorista, pero el FMLN no tiene raíces contestatarias, ni religiosas ni nacionalistas que lo hagan derivar en el fanatismo. El FMLN no es terrorista. Sus raíces se encuentran en la situación económica social y su práctica militar busca conquistar el apoyo de la sociedad y no lleva a cabo acciones que busquen intencional y premeditadamente víctimas civiles, cosa que sí hace el ejército asesorado por Estados Unidos al bombardear y masacrar a miles de personas para exterminar y aterrorizar la base social de la guerrilla. El FMLN defiende políticamente su accionar en los foros internacionales, incluidas las Naciones Unidas, y se hace responsable de los efectos circunstanciales de la guerra. Por otro lado, ha presentado propuestas pragmáticas para desescalar la guerra y reducir los daños a la población civil, cosa que ha sido rechazada por el gobierno.

El peligro de un proyecto ideologizado, desajustado de la realidad, surge del pensamiento dogmático. La práctica del FMLN y su capacidad de adaptación reflejan que su pensamiento es renovador y flexible.

De todo esto podemos concluir, en primer lugar y para quienes duden de la voluntad del FMLN, que éste, así como ha debido desplegar una gran flexibilidad política y militar para mantenerse en guerra, construir su estrategia, conservar su base social, sus alianzas y

su reconocimiento internacional, es muy difícil que en el momento de construir el modelo revolucionario se proponga hacer algo que vaya en contra de la realidad objetiva que lo rodea y en contra de lo que ha sido su práctica política. Lo más seguro es que busque no aislarse al distanciarse de los intereses populares como principio fundamental, pero paralelamente buscará equilibrar el modelo con otras fuerzas sociales y con el marco geopolítico actual. Esta primera conclusión puede establecerse como juicio de verdad.

## 2.2. Las sobredeterminaciones del modelo revolucionario

Tres grandes aspectos contextualizan y sobredeterminan el modelo revolucionario en El Salvador: el debilitamiento del guerrillerismo en Estados Unidos, la multipolaridad geopolítica del mundo actual y la composición social de las fuerzas motrices del cambio en El Salvador.

Si analizamos rápidamente la situación de Estados Unidos en el mundo actual aparecen ciertas verdades que prueban que su política guerrillera y su capacidad de agresión se han debilitado, sin que esto signifique el fin de sus guerras e intervenciones.

Desde el punto de vista económico, el modelo imperialista está pasando por una crisis estructural, pues Estados Unidos está perdiendo el liderazgo de la economía capitalista mundial, lo cual tiene consecuencias políticas. Por otro lado, los acuerdos de desarme, sin lugar a dudas, constituyen un espacio muy importante para el socialismo y para otros polos del mundo actual. La misma multipolaridad de la realidad mundial condiciona y debilita la voluntad de Estados Unidos para decidir sobre el mundo.

En nuestro caso, la concepción de estrategia de guerra de baja intensidad, un resultado de la derrota en Vietnam, conlleva un cambio fundamental, reconoce que usar sus propias tropas no es rentable ni se ajusta a la realidad política de Estados Unidos. Por lo

tanto, la guerra de baja intensidad es un reacomodo para intentar mantener su política de intervención. Los gobiernos que impulsaron la guerra de Vietnam tuvieron las manos más libres que los gobiernos que han intervenido militarmente en Centroamérica.

El debilitamiento del guerrillerismo y de las políticas de intervención directa han generado condiciones para que los procesos revolucionarios y las revoluciones que tengan sobre sí la amenaza de ser cercadas, desgastadas y revertidas mientras persiste la política imperial puedan actuar con más espacio en el campo político. Obviamente no es lo mismo defenderse de la amenaza de ser invadido que estar seguro de ello.

La confrontación política ha cobrado un papel preponderante y ha obligado a una estrategia abierta y flexible en la toma del poder y en la defensa de las revoluciones. En ese sentido es conveniente analizar cómo las revoluciones anteriores a la nicaragüense, incluida la revolución bolchevique, la cual debió enfrentar al fascismo (sufriendo 20 millones de muertos), se produjeron en el contexto de una política imperialista más dura y agresiva, la cual obligó a los procesos revolucionarios a concentrar todas sus capacidades en la defensa para sobrevivir, y eso fue justo y correcto.

El concepto de defensa de la revolución en esos períodos debió ser, en consecuencia, y necesariamente, más rígido. No se puede decir que las intervenciones ya hayan terminado ni que no las volverá a haber. La intervención existe de otras formas, tales como el bloqueo económico, los ejércitos mercenarios, la amenaza permanente o el peligro de que Estados Unidos aproveche los momentos de debilidad, los errores y las coyunturas concretas que le faciliten una intervención directa como en el caso de Grenada. Sin embargo, podemos concluir que el contexto en el cual fue posible intervenir en República Dominicana en 1965 o aislar a Cuba de América Latina ha terminado.

El caso de Panamá es bastante aleccionador en este sentido. Una posición firme y patriótica de sus Fuerzas de Defensa y del gobierno ha evitado hasta el momento el peligro de intervención. Obviamente, intervenir en Panamá no sería como en Grenada. El gobierno y las Fuerzas de Defensa de Panamá están unidos en torno a la decisión de defender la independencia. El gobierno de Reagan hubiera deseado intervenir en Panamá y tuvo condiciones para hacerlo al crear cierto nivel de oposición interna y un cierto aislamiento internacional momentáneo... Las tropas ya estaban en el terreno. Intervenir era sólo cuestión de cruzar una calle. Sin embargo, la posición firme del gobierno de Panamá y la oposición de fuerzas en el interior de Estados Unidos lo impidieron. De manera acertada y pragmática, muchas de esas fuerzas consideraron que Panamá no era su enemiga y que intervenirla sería una aventura del gobierno de Estados Unidos para desatar una guerra en un punto geopolítico demasiado neurálgico. La realidad de otras vías se impone y la confrontación política con sus correlaciones entra a jugar su papel.

Como parte de sus temores ideológicos y de sus traumas anticomunistas, la sociedad norteamericana se siente víctima y engañada por los procesos revolucionarios que dijeron ser moderados y que, luego, a juicio de Estados Unidos, se radicalizaron y se volvieron totalmente *comunistas*. En conclusión, los comunistas mienten siempre. Sin embargo, vale la pena reflexionar si no será que los imperios invaden, agreden y tratan de someter siempre.

Estados Unidos no ha aplicado y ni siquiera ha intentado una política de coexistencia con los cambios revolucionarios inevitables. No ha buscado otras formas de relación e influencia con estos cambios que no

hayan sido la amenaza y la guerra. En condiciones de coexistencia es mucho más fácil determinar quién miente. América Latina y Europa están comprendiendo ésto y se muestran abiertas a comprender otras realidades y a no ideologizar sus relaciones.

Estados Unidos se ha ido quedando solo en su política e aislar a Cuba y en considerarla como una dictadura cuando prácticamente todo el continente ha renovado sus relaciones y ha aprendido a convivir con otro sistema, el cual no es dictatorial, sino que es una democracia popular. Es un sistema diferente que ha resuelto gran cantidad de problemas a su pueblo. Frente a Cuba, Estados Unidos aparece rezagado y poco realista, pues trata de universalizar su sistema capitalista desarrollado a todo el mundo, incluido nuestro país de cinco millones de habitantes, de apenas 20 mil kilómetros cuadrados, sin petróleo y sin más riquezas naturales que nuestra tierra y nuestra gente. Obviamente, nosotros necesitamos un sistema económico diferente y con mayor contenido social. De otro modo no sobreviviremos o viviremos toda la vida en guerra, peleando por la tierra y el pan.

El capitalismo desarrollado del mundo occidental ha funcionado y no se puede negar su desarrollo ni su fortaleza ni su eficiencia en incontables campos, pero ese desarrollo está asentado en el colonialismo de Africa, Asia y América Latina. Esa historia de esclavos y explotación no la podemos repetir. Nosotros necesitamos cambios para poder vivir con lo que tenemos. Si Estados Unidos entendiera ésto, seguramente con menos de los tres millones de dólares que ha enviado para la guerra habría hecho más por nosotros y se habría evitado vivir la tensión de tener una guerra en su área de influencia. La idea de que la seguridad de Estados Unidos está amenazada en nuestro país es errada y es una

**El sector privado debe mantenerse,  
pero bajo una nueva realidad estructural:  
como una parte del modelo y no como su único conductor.**

idea totalmente ideologizada. El gobierno de Reagan sobreestimó la importancia de El Salvador y se empantanó en una guerra sin sentido.

El mundo en el cual tendrá que desarrollarse la revolución en El Salvador no será el mismo de los años 60, cuando la guerra de Vietnam. La realidad geopolítica actual se caracteriza por la multipolaridad y por los espacios diferentes, los cuales, obviamente, inciden en las características de un proyecto revolucionario y también influyen en la conducta de la política imperial.

Ya no es posible simplificar la realidad del mundo reduciéndola al campo socialista y capitalista. El contexto actual es mucho más complejo. Este es un mundo de confrontación tecnológica y comercial, el cual ha hecho surgir nuevos polos como Japón y Europa, de socialismo desarrollado en revolución con la *perestroika*, de China socialista modernizándose y haciendo su propio espacio geopolítico, de social democracia fortalecida, de latinoamericanismo pujante y de tercer mundo unido en la lucha por sus intereses con multiplicidad de corrientes de pensamiento, fruto de su propia realidad en cada continente.

Sería absurdo y antihistórico aplicar un modelo cerrado de revolución en un mundo abierto y multipolar, porque bloquearía el propio desarrollo de la revolución y provocaría su aislamiento. Esta multipolaridad beneficia en gran medida los cambios, da espacio para que la revolución pueda desarrollar su modelo conjugando nuestros propios intereses y capacidades, como elemento fundamental, con múltiples influencias políticas, económicas e ideológicas, sin sujetarse a ningún esquema, ni sometida a la presión de una guerra, sino empeñada en mantener la paz y lograr el desarrollo por la vía más rápida posible de acuerdo a nuestra realidad. Evidentemente esto tiene que expresarse en las características políticas de la revolución, volviéndola flexible y abierta.

### 2.3. Las características políticas de la revolución

La flexibilidad y la apertura de la revolución no son un resultado condicionado ni una concesión, sino una expresión más pura del carácter democrático de los cambios revolucionarios que pueden y deben ser defendidos por una sólida correlación de fuerzas y también por un programa democrático flexible y representativo de amplios sectores, tendencias y realidades internas y externas.

No se trata de que las revoluciones hagan concesiones, sino de que el contexto les permita moverse en otros espacios y avanzar en la realización de su programa bajo esa nueva realidad. Las revoluciones son esencialmente democráticas, pues su propósito es crear la democracia real de todo el pueblo en lo económico y político.

Brevemente y hablando en términos generales, la *perestroika* es un movimiento en el socialismo europeo y fundamentalmente en la Unión Soviética, resultado también de una correlación mundial de fuerzas. La correlación mundial actual permite al socialismo debatir, confrontar y avanzar desatando sus propias fuerzas. El socialismo ya no corre el riesgo de ser revertido por una invasión o por una guerra atómica, la cual no tendría ganadores. Independientemente de si en ese proceso y en los cursos que tome la hegemonía la tienen las corrientes de derecha o izquierda, el socialismo está buscando renovarse y ser mejor. El debate de las tendencias en su seno es otro campo a considerar y frente al cual hay que tomar posiciones. Salir de la parálisis es un paso positivo. Es una compleja lucha en la cual podría haber adelantos y retrocesos para poder avanzar. En los inicios, con Hitler de vecino, no se podía soñar con un socialismo debatiendo en *perestroika*.

Este cuadro influye en la nueva situación mundial en la cual se insertarán los nuevos cambios revolucionarios, aunque no en el sentido de que la *perestroika* provoque cambios

en las estrategias y concepciones del movimiento revolucionario. Existe un pensamiento revolucionario nuevo, fruto de nuestras particularidades históricas latinoamericanas y de la composición de nuestras sociedades. Nuestras condiciones son diferentes a las condiciones en las cuales se desarrollaron las primeras revoluciones clásicas. Indiscutiblemente, el socialismo europeo y lo que allí sucede influye en todo el mundo, pero nuestra realidad tercermundista es totalmente otra. Por eso es un absurdo político poner cordón umbilical ideológico con la Unión Soviética a todas las revoluciones. Nuestros procesos revolucionarios se identifican con la *perestroika* en su lucha contra el dogmatismo y el pensamiento ortodoxo que pretende trasladar mecánicamente los modelos clásicos de la revolución y su estrategia a nuestro país. Esta discusión en el seno del pensamiento revolucionario latinoamericano es anterior a la *perestroika*.

Es igualmente absurdo explicar el conflicto salvadoreño como parte del conflicto este-oeste y esperar que se resuelva en un acuerdo entre Estados Unidos y la Unión Soviética. La única negociación válida en El Salvador es la que se dé entre los mismos salvadoreños. Por otra parte, la distensión en Centroamérica sólo es posible si se resuelven los problemas estructurales. El hambre que provoca los estallidos sociales sólo se puede distensionar con cambios sociales. En nuestras condiciones actuales, tal como lo hemos indicado antes, la fuerza acumulada por el movimiento revolucionario salvadoreño y el nivel de crisis del sistema apuntan a un estallido y esto no lo detiene nadie. Las revoluciones no esperan, son partos inevitables.

Por otra parte, la social democracia constituye ya un importante polo mundial por su peso en Europa y en América Latina. Dada la relación histórica existente entre la alianza FMLN-FDR con la social democracia, es estratégico mantener esa relación. Esto significa un modelo revolucionario con una política flexible y convergente, no ideológica, ni dogmá-

tica.

El proceso revolucionario salvadoreño, a partir de la alianza FDR-FMLN, tiene la particularidad histórica de mantener coaligados entre sus fuerzas a social cristianos, social demócratas y marxistas. Esto permite que la construcción de posiciones sea resultado de un amplio debate político en el cual, obviamente, las posiciones del FMLN, dado su carácter de organización armada, no se pueden absolutizar ni imponer. La correlación global es fruto de la alianza y no sólo de la acción del FMLN. Al aproximarse los momentos de definición, decisión y construcción de un proyecto político, todo esto será mucho mayor. Esta experiencia ha educado en el pluralismo a las fuerzas de la alianza, las cuales se mantienen unidas por las necesidades de una transformación profunda de la sociedad. La fuerza dirigente del cambio revolucionario no puede restringirse dogmáticamente al FMLN, independientemente de su papel decisivo.

La social democracia tiene capacidad de influencia en América Latina y busca equilibrios que la favorezcan como nuevo polo de la correlación mundial. Esto ejerce, de hecho, un peso efectivo y positivo en el desarrollo de las nuevas revoluciones, y, sin lugar a dudas, crea un marco desfavorable para las radicalizaciones extremas. En este sentido, el FMLN no sólo tiene que tener en cuenta este polo de influencia, sino que cuenta ya con una importante relación histórica a partir de la alianza FDR-FMLN.

A esto contribuye el hecho de que la realidad latinoamericana y, particularmente, la de El Salvador, no permite trasladar mecánicamente el modelo social demócrata europeo de capitalismo desarrollado. Con estas afirmaciones no buscamos presentar a la revolución salvadoreña como una revolución social demócrata. Esto, aparte de ser falso, sería igualmente esquemático. Se trata de una realidad objetiva del tercer mundo que permite grandes niveles de convergencia para

hacer las necesarias transformaciones de nuestras sociedades.

En la actualidad existe una realidad continental que ya es irreversible: el latinoamericanismo, el cual ha cobrado una fuerza enorme desde la revolución sandinista. Aun y cuando todavía no existe un frente unido alrededor del problema de la deuda externa, en amplios sectores de la sociedad, en la mayoría de los países latinoamericanos, existe plena conciencia de la necesidad de lograr la autodeterminación y de reducir la capacidad de imposición imperial de Estados Unidos sobre el continente para poder conseguir algún desarrollo y salvar a América Latina de grandes estallidos sociales.

Contadora y Esquipulas son una clara expresión del deseo de autodeterminación latinoamericana y, en este sentido, han dado continuidad al latinoamericanismo. Contradictoriamente, América Latina ahora, cuando se encuentra más pobre y con más problemas, parece estar más dispuesta a la coexistencia que los mismos Estados Unidos. Para el FMLN el planteamiento de solución entre salvadoreños está esencialmente dentro de las soluciones centroamericanas y latinoame-

ricanas, expresadas en Esquipulas y Contadora. El problema fundamental que hay que resolver es la intromisión de Estados Unidos. Todo lo demás es discutible.

La independencia de América Latina es el problema fundamental de todos los gobiernos y de todas las fuerzas políticas latinoamericanas. Sin independencia no hay desarrollo y si no hay desarrollo habrá estallidos y guerras. Los estallidos no tendrán razones ideológicas ni serán provocados por la "injerencia soviético cubana," sino por la terquedad de Estados Unidos que se niega a cambiar los términos de sus relaciones con el continente y persiste en sus posiciones imperialistas. Sobre esto hay claridad en la mayor parte de las fuerzas. En este sentido, afirmar que otra revolución exportaría nuevas revoluciones es absolutamente falsa.

El latinoamericanismo genera un polo de enorme importancia geopolítica en el cual debe contextualizarse un proyecto revolucionario como el de El Salvador y, al igual que en el caso de la social democracia, de ninguna manera constituye un factor negativo, sino todo lo contrario, plantea la posibilidad de que los procesos revolucionarios no se den



aislados y puedan desplegarse combinando los intereses de independencia y autodeterminación del continente con los intereses revolucionarios de hacer cambios sociales.

De hecho, una Centroamérica más independiente tendría un impacto muy positivo en la correlación continental, no sólo desde el punto de vista político, sino también desde el punto de vista económico, ya que si la región se estabiliza se convertirá en un importante mercado para muchos de los países latinoamericanos en el futuro; y no sólo para ellos, también para Estados Unidos si modifica su posición. En sentido inverso, si Estados Unidos logra imponer su voluntad en Centroamérica y ahoga por la fuerza los estallidos sociales, la posición de autodeterminación e independencia que requiere América Latina se debilitará y se apagarán estos incendios, pero muy pronto otros mucho mayores se producirán en todo el continente.

Para el FMLN este contexto le muestra que el modelo revolucionario a aplicar en El Salvador deberá moverse, en primer lugar, en la realidad de sus propias necesidades y transformaciones internas, y, en segundo lugar, en el mantenimiento y búsqueda de apoyo en la situación de multipolaridad actual.

El Salvador, dado su desarrollo capitalista, cuenta con un importante sector de capas medias, no tanto por su dimensión cuantitativa, cuyo sentido relativo es grande y mucho mayor que en los países centroamericanos, sino por su importancia cualitativa en la sociedad. La oligarquía no ha dado ningún espacio ni incidencia de poder en la sociedad a estos sectores medios. Lo único que ha hecho ha sido instrumentalizarlos y moverlos con el miedo al cambio revolucionario cuando lo ha necesitado. Si alguna vez los sectores medios de la sociedad han conformado corrientes de pensamiento o tendencias políticas importantes, éstas han sido rechazadas aun y cuando, en algunos casos, pudieran haberles sido útiles a la oligarquía.

La oligarquía siempre ha tenido como su

partido político fundamental al ejército, al cual ha mantenido fiel a sus intereses más fácilmente que a la capa media intelectualizada. Esto explica por qué la democracia cristiana como partido siempre fue rechazada por la oligarquía y por qué debió ser apadrinada por Estados Unidos cuando su participación se volvió necesaria en orden a contribuir a salvar a la propia oligarquía. Por eso, la democracia cristiana ha debido moverse sin poder real, pero con claridad ideológica y conciencia de que su papel es salvar al sistema oligárquico. Para contar con algunos capitalistas en sus filas, los demócratas cristianos han debido robar al Estado convirtiéndose en millonarios, intentando así constituirse en la nueva burguesía representante del modelo.

La imposibilidad de encontrar alternativas de modernización para el modelo oligárquico y para el pensamiento retrógrado de la oligarquía ha dejado que amplios sectores de la sociedad se conviertan en componentes elementales del cambio social y éstos, evidentemente, deben y necesitan ser parte del modelo revolucionario a ser aplicado en El Salvador. Esta es otra razón más de por qué la política de alianzas del FMLN es necesariamente un componente estratégico de su pensamiento, el cual ha ido madurando a lo largo de todo este proceso. Todo esto explica la solidez de la alianza FDR-FMLN. Por lo tanto, la fuerza dirigente del cambio en El Salvador no se restringe al criterio clásico de obreros y campesinos, sino que también comprende a otros sectores de la sociedad, entre ellos a las capas medias.

#### **2.4. Las pautas políticas del modelo revolucionario**

Independientemente de los contenidos pragmáticos concretos de las transformaciones revolucionarias en El Salvador, podemos establecer un conjunto de pautas políticas a las cuales el modelo deberá responder ya que las medidas concretas y sus márgenes de juego tendrán un fuerte contenido coyuntural, pro-

ducto de los pactos y acuerdos de múltiples fuerzas.

En primer término, es fundamental que el cambio revolucionario tenga un punto de despegue económico realista y verdadero. Ese punto, en gran medida, es la reforma agraria ya que la tierra es el factor fundamental de la economía y el campo fundamental de la disputa social. Mientras la estructura agraria no se modifique profundamente en El Salvador puede haber guerra por muchos años, no por la voluntad de nadie, sino por una razón social simple, somos muchos en un espacio muy pequeño. El sistema de tenencia de la tierra es el corazón del poder oligárquico y debe ser modificado. El resto de los cambios estructurales se encuentran en márgenes de juego más amplios y en correspondencia con el cambio agrario. Evidentemente, esto no elimina al sector privado. Al contrario, lo moderniza y le ofrece nuevos campos, aunque lo obliga a entender que la sociedad necesita ser reordenada y que debe aceptar un nuevo papel.

El sector privado debe mantenerse, pero bajo una nueva realidad estructural: como una parte del modelo y no como su único conductor. En las condiciones del mundo actual, una combinación del sector privado con el social podría llevar a un desarrollo más rápido de nuestra sociedad que un modelo supuestamente más radical y cerrado. El objetivo de la revolución es el desarrollo. De nada sirve una sociedad ideologizada si no resuelve la miseria. Para ello es fundamental que Estados Unidos entienda nuestros procesos y no los obligue a crear modelos de guerra.

Internamente debe haber juego político, combinando la democracia representativa de elecciones y partidos con la democracia permanente de participación de las masas en las decisiones en la gestión política, económica y social. Esta combinación perfecciona el modelo democrático de la revolución y permite mantener el equilibrio de participación en el poder de las fuerzas que mueven

el cambio social, asegurando y garantizando la defensa política de la revolución y obligando a que las conquistas de las masas sean defendidas en el debate y la reflexión como una labor diaria hecha por el pueblo, pues éste será el gestor de las tareas, las críticas y las correcciones desde abajo.

El FMLN considera las elecciones como un mecanismo legítimo de la democracia y como parte de su proyecto revolucionario. Su rechazo a los procesos electorales anteriores y al actual obedece a su oposición a las elecciones bajo dictaduras y con el país sometido a Estados Unidos. Cabría preguntarse cuántos norteamericanos dejarían de votar y cuántos rechazarían las elecciones si su patria estuviera sometida a un poder extranjero. El FMLN no teme a las elecciones y considera que en condiciones de igualdad el pueblo optaría mayoritariamente por un cambio revolucionario.

La democracia política representativa y participativa sólo tiene sentido si también hay democracia económica. El pueblo debe comer, educarse, tener salud, votar por sus representantes y decidir diariamente sobre la solución de sus problemas. La capacidad de debate político y de reflexión del pueblo son componentes vitales de una revolución. No basta con que una revolución se defienda como justa, debe, además, probarse como necesaria y posible. La existencia del debate abierto y la confrontación política fortalecen este principio.

La democracia debe hacerse desde arriba y desde abajo. No basta con votar una sola vez cada cinco años, ni bastan los parlamentos. Todo esto debe estar apoyado por una democracia que parta del pueblo y en todas las fuerzas políticas vinculadas a las masas en donde éstas se encuentren. Este planteamiento sustituye el concepto de partidos políticos sólo para las elecciones por otro más amplio. Según este último concepto, los partidos además de participar en las elecciones conducirán y educarán al pueblo en el ejercicio

diario del poder. La democracia participativa permite la autogestión de las masas, mientras que la democracia electoral da legitimidad a la revolución, reafirma su apoyo de masas y permite el equilibrio de participación de todos los sectores en el poder.

A nuestra realidad no le corresponde un sistema de partido único y no debe confundirse la unidad de las fuerzas revolucionarias en un sólo partido con una sociedad con un sólo partido. El modelo de partido único en el socialismo clásico es fruto de una realidad histórica. Nuestra sociedad tiene otra complejidad y composición social. Más aún, es imposible aplicar mecánicamente la teoría del partido revolucionario clásico a nuestro proceso revolucionario. En el caso de El Salvador, la fuerza dirigente del cambio social es más amplia y no puede restringirse al concepto tradicional de partido aplicado en la revolución bolchevique. Las alianzas de sectores de clase en nuestro proceso son diferentes. La participación de los sectores medios, de los cristianos, de la mujer, de los marginales, etc., le da a la fuerza dirigente una connotación distinta a la del modelo socialista europeo clásico y establece la ne-

cesidad de un concepto más flexible dentro de las propias fuerzas revolucionarias, en correspondencia también con una sociedad pluripartidista.

La libertad de expresión en un modelo revolucionario surgido en las condiciones señaladas a lo largo de este análisis es, evidentemente, una necesidad para el equilibrio social interno. Si bien la defensa y la seguridad del cambio revolucionario necesitan una correlación que asegure el pluralismo, el contexto actual impone una defensa política debatida y la educación de las masas, enseñándoles a reflexionar y a defender su proyecto histórico. Esto no puede hacerse sin oposición y sin conocer el proyecto contrario. Este debate obliga a elaborar y profundizar la posición revolucionaria y a salvarla del dogmatismo ideológico y la parálisis. Como las condiciones actuales se mueven en espacios más amplios, es posible un mayor uso de la defensa política. Es fundamental la existencia del periodismo profesional crítico independiente y la ruptura del exclusivismo oligárquico en la propiedad de los medios, pero sin vulnerar la libertad de expresión.

Así como la revolución debe asegurar su



desarrollo con sus propios recursos y fuerzas, también debe basar su defensa en el mismo principio. No son necesarios ni realistas la super armamentización, los pactos militares con las potencias extranjeras, ni el establecimiento de bases. La defensa debe fundarse en un concepto popular. Basta con volverse fuertes en virtud de un concepto popular de la defensa para tener márgenes aceptables de seguridad sin necesidad de ejércitos numerosos y super armados. En este sentido, es falso que una revolución se convierta en peligro para la seguridad de Estados Unidos. Sería absurdo pretender armarse desproporcionada y sofisticadamente porque ello daría a Estados Unidos la oportunidad de intervenir. La proporción de la defensa está en relación directa con la amenaza real o potencial. Es la agresión la que puede deformar o desequilibrar este aspecto.

La revolución salvadoreña se ubica en el contexto geopolítico de América Latina y Estados Unidos. Esto implica, por un lado, la lucha por cambiar los términos de las relaciones con Estados Unidos y, por el otro, la necesidad de mantener las relaciones con dicho país. Esto significa rechazar la política imperial, pero aceptar y entender el carácter de nación poderosa de Estados Unidos en su relación con América Latina. El cambio revolucionario debe evitar la confrontación con Estados Unidos ya que éste es nuestro vecino más importante con el cual nos unen lazos económicos, culturales y políticos más fuertes que con los países de otras regiones del mundo.

Existe la creencia —fundamentalmente en los sectores de la sociedad norteamericana— que un cambio revolucionario implica hasta el cambio de los valores culturales propios por los del modelo que se copia, en este caso, el socialismo europeo. Somos países latinoamericanos tropicales que hemos vivido bajo la influencia cultural de Estados Unidos. Nuestra cultura es un híbrido de nuestras raíces indias, negras, españolas y de la cultura sajona del norte. Este rasgo cultural tiene

una relación directa con nuestro clima, nuestras tradiciones y con los centros de influencia más fuertes de nuestro continente. No se puede renunciar a eso, porque esa es la cultura y esas son las tradiciones que nuestros pueblos aceptan, entienden y gustan.

El casi millón de salvadoreños que está viviendo en Estados Unidos significa, aparte de su valor económico, una influencia cultural sobre nuestra sociedad que no se puede ignorar. Nuestra mayor identidad cultural, por razones históricas, está en América Latina y Estados Unidos. A excepción de España, es muy poca nuestra identidad cultural con los países europeos y mucho menos con los europeos orientales.

Las generaciones revolucionarias de América han crecido bajo la influencia del *rock*, Hollywood, la salsa, el romanticismo mexicano y el cristianismo dejado por España. Existe un proceso de fusión cultural de América Latina con Estados Unidos que, dado el desarrollo socio cultural existente en todo el continente, se está convirtiendo en un importante polo de la cultura universal de la cual somos parte. No se pueden ni se deben ideologizar las influencias culturales, pues eso sería dogmatismo y un pensamiento sumamente atrasado que no interpretaría correctamente el sentimiento de nuestro pueblo y que no haría partir el cambio revolucionario de nuestras raíces históricas.

En otro orden de cosas se plantea el peligro de una revolución que desencadene una persecución religiosa y provoque choques con la Iglesia. El proceso revolucionario salvadoreño tiene una fuerte base social cristiana, pues la gran mayoría de sus combatientes son creyentes. Una cantidad importante de sus cuadros son cristianos. Los cuadros históricos más importantes de la lucha armada revolucionaria en El Salvador, Rafael Antonio Arce Zablah, Felipe Peña Mendoza y Lil Milagro Ramírez, tuvieron formación cristiana y la base ética inicial de su compromiso revolucionario fueron sus ideas cristianas y la doctrina social de la Iglesia. El proceso de sur-

gimiento y desarrollo del movimiento revolucionario salvadoreño coincide, históricamente, con los cambios ocurridos en la Iglesia hacia un mayor compromiso con los problemas sociales. El pueblo salvadoreño es profundamente religioso y también se encuentra politizado. Ha luchado combinando la fe y la esperanza con las ideas revolucionarias sin contradecirse ni entrar en conflictos. Monseñor Romero constituye la figura universal más importante de nuestra historia y el principal mártir de la causa de los pobres. En él se juntan los valores de fe, humildad y amor con el espíritu revolucionario de lucha del pueblo salvadoreño. Cristianismo y revolución están sintetizados en la figura de Monseñor Romero. A lo largo de todos estos años, el FMLN no sólo no ha chocado ni confrontado las ideas religiosas, sino que ha convivido felizmente con ellas en los frentes de guerra y en la lucha de calle.

Teniendo en cuenta todo lo anterior y la existencia de la doctrina social de la Iglesia que compromete a los cristianos en el cambio y la justicia social, es ridículo hablar de que el FMLN va a combatir la religión. Las contradicciones con la religión ocurridas en otros procesos revolucionarios tienen explicación particular en la situación y posición de la Iglesia, en la defensa de la propiedad y de los intereses materiales concretos, y no han radicado en un problema entre ateos y creyentes.

En América continental, algunos sectores de la Iglesia y los cristianos han jugado importantes papeles en las luchas contra el esclavismo y por la independencia, y ahora también por la revolución social. En El Salvador no hay contradicción entre cristianismo y revolución, y es absurdo pensar que las creencias religiosas a nivel de debate filosófico entre el idealismo y el materialismo puedan llegar o motivar una contradicción político social, sobre todo con el grado de fusión que las ideas religiosas y revolucionarias tienen en el pueblo y en el mismo FMLN.

Al hacer estos planteamientos puede surgir la duda de si no se trata de manejos tácticos del FMLN o si acaso todo ello significa que el FMLN abandona sus propósitos revolucionarios. Por lo tanto, se puede pensar que, a la larga, el FMLN buscará llegar a una revolución radical. Todos los países llamados subdesarrollados enfrentan problemas propios de la transición de sus sociedades a etapas superiores del desarrollo social. Ningún sistema social ha sido eterno y el capitalismo no es la excepción, pero los cambios revolucionarios en un país como el nuestro no puede reducirse a un debate verbal entre capitalismo y socialismo. Se llame como se quiera, necesitamos un cambio social profundo, una revolución, y lo que el FMLN propone con todas estas ideas es precisamente eso, una revolución.

El FMLN no tiene un concepto dogmático de revolución o para ser más precisos, del socialismo, palabra que asusta tanto a quienes todo lo definen ideológicamente sin profundizar en la realidad. El objetivo estratégico de una revolución es resolver los problemas sociales y llevar a la sociedad a un desarrollo superior. No se trata de construir un esquema por construirlo. Para el FMLN un cambio radical en la estructura agraria y una democracia pluralista verdadera, garantizada por una nueva correlación de fuerzas en la sociedad, constituyen una revolución social profunda de alcances estratégicos, económicos y políticos. Lo importante es ajustarse a las particularidades históricas concretas de nuestro país y éstas son las que determinarán el modelo, el cual, obviamente, es siempre una sociedad en evolución que no puede ser eterna. Lo fundamental es que esa evolución, a partir del nuevo modelo, pueda darse con la participación verdaderamente democrática de las masas y de todas las fuerzas de la sociedad.

## 2.5. Conclusiones

Las ideas expuestas sobre el proyecto revo-

lucionario del FMLN rebaten los argumentos que plantean el peligro de una revolución radical, no sólo por la vía de los discursos o pidiendo credibilidad, sino también en los análisis de la realidad política actual. No es posible ni necesaria una revolución que se proponga eliminar totalmente la propiedad privada, contar con un sólo partido, negar la existencia de otras fuerzas políticas, cerrar los medios de difusión a otras fuerzas, romper con la Iglesia, luchar contra la religión, dejar de hacer elecciones, firmar pactos militares con potencias que establezcan bases para armas sofisticadas, convencionales y muchísimo menos la ridícula idea de contar con armas atómicas en nuestro territorio.

El FMLN define el proyecto revolucionario para El Salvador como una revolución abierta, flexible, pluralista y democrática en lo económico y político. Esta democracia pluralista para El Salvador sólo es posible con un cambio en la correlación militar. El actual poder militar no pudo llevar adelante una modernización del sistema que le permitiera sobrevivir como tampoco pudo profesionalizarse ya que al mantener la represión y al no haber cambios estructurales profundos, sus nexos de obediencia política siguen siendo la oligarquía y Estados Unidos, y ello impide la democratización de la sociedad. Por eso es necesario que la democratización del país conlleve un cambio en la correlación militar. Esto no significa necesariamente la destrucción del ejército, puesto que ello depende de si se produce una solución negociada a la guerra o una victoria revolucionaria.

El ejército es el poder fundamental de la sociedad salvadoreña y si la correlación militar se mantiene invariable, el cambio social no funcionará ya que el ejército reaccionará de inmediato para recomponer el poder. En este sentido, es un absurdo partir de que el FMLN debe deponer las armas. Esto no es realista ni corresponde a la correlación de fuerzas. No se trata de ofrecer garantías, se trata de realidades objetivas: el poder militar del FMLN

tiene bloqueado y amenazado al sistema.

Ese poder militar no ha podido ser derrotado ni es posible que eso suceda. Más bien es posible que ocurra lo contrario, que avance y obtenga la victoria. La correlación de fuerzas vuelve, pues, imposible pedir al FMLN que se desarme.

El FMLN necesita un cambio revolucionario que establezca una sociedad democrática y pluralista, y ese cambio necesita un poder militar que lo garantice. El ejército actual no garantiza ese cambio. Sin embargo, está el FMLN. Por lo tanto, lo mejor es asegurar un poder militar, una nueva correlación del componente militar de la sociedad que no destruya al ejército actual ni desarme al FMLN. No se trata de compartir o no el poder, sino de construir la democracia verdadera en El Salvador. Estados Unidos quiere que el FMLN acepte como democracia un gobierno sometido totalmente a su voluntad, con el poder real en manos del ejército y con la oligarquía terrateniente con el poder económico.

La animadversión de Estados Unidos hacia el cambio revolucionario en El Salvador es exagerada. En primer lugar, por todo lo que aquí hemos apuntado en relación a las características que tendría, incluso si fuera el resultado de una victoria militar total del FMLN; mucho más si fuera resultado de una negociación. En segundo lugar, El Salvador se presenta como una revolución inevitable que puede ayudar a equilibrar la región y el continente. Si esto fuera aceptado, entendido e incorporado a las relaciones de Estados Unidos con Centroamérica contribuiría a un equilibrio que evitará muchas nuevas guerras en América Latina.

El planteamiento de todas estas ideas sobre el proyecto revolucionario salvadoreño no niega la solución negociada. Estas ideas son, precisamente, la base sobre la cual el FMLN puede desplegar sus alianzas y es bastante obvio que es factible encontrar, a partir de ellas, formulaciones pragmáticas

de convergencia. Pero, necesariamente, debe partirse de que existe una realidad político militar y social nueva que establece que ni el poder militar ni el económico ni el político pueden seguir igual. Pretender tal cosa es negar el cambio y empujar la continuación de la guerra.

### Notas

1. La reforma agraria en sus fases I y II solamente afectó al 22 por ciento de las tierras agrícolas del país. Las tierras afectadas en la fase I comprendían las haciendas mayores de 500 hectáreas (el 15 por ciento del total de las tierras agrícolas del país), las cuales fueron adjudicadas a un sistema cooperativo que nació soportando una deuda agraria de cerca de 890 millones de colones (356 millones de dólares). Por falta de crédito y de asistencia técnica y por la descapitalización de las fincas hecha por sus ex-dueños, las cooperativas del llamado sector reformado cayeron en insolvencia crónica y la deuda agraria acumulada ascendió, hacia finales de 1987, a 2,000 millones de colones. La fase II, la cual afectaría a las haciendas con una extensión entre 100 y 500 hectáreas, fue paralizada, pues en ese tramo se encuentra el grueso de los cafetales, las tierras de mejor calidad del país, las cuales han sido y siguen siendo la base económica fundamental de la oligarquía.
2. Así, por ejemplo, cerca del 90 por ciento del crédito al sector agropecuario otorgado por la banca nacionalizada fue para el sector no reformado (87.4 por ciento en 1985) y el resto (el 10 por ciento) fue destinado al sector reformado. La mayor proporción del crédito al sector no reformado se orientó hacia los cultivos no tradicionales de exportación, principalmente café. En 1985, según el tamaño de los usuarios del crédito, el 76.3 por ciento correspondió a la gran empresa, el 87 por ciento a la mediana y el 15 por ciento a la pequeña. Esto demuestra que no se cumplió con el propósito declarado de "democratizar el crédito."  
De 1980 a 1988, Estados Unidos otorgó 2,424.3 millones de dólares en ayuda económica, 56 por ciento de la cual se destinó para financiar las importaciones de los grandes empresarios y sólo el 1.39 por ciento, es decir, 32 millones, tuvo como destino la pequeña empresa (ver Hermán Rosa Chávez y Alexander Segovia, "Financiamiento externo, deuda y transformación de la estructura productiva en El Salvador en la década de los ochenta: el papel de Estados Unidos").
3. El total de la deuda externa del país aumentó en un 99 por ciento entre 1979 y 1987, al pasar de 939 a 1,876 millones de dólares. Pero más dañino es que en los últimos cinco años el pago de su servicio (intereses más amortizaciones) ha consumido, en promedio, el 50 por ciento de las divisas generadas por las exportaciones. Peor aún es que, desde 1984, el pago del servicio ha sido mayor que los nuevos préstamos recibidos. En otras palabras, lo que entra al país por nuevos préstamos no alcanza para cubrir lo que sale por el pago de la deuda anterior (ver CEPAL, "Notas para el estudio económico de América Latina y el Caribe. El Salvador 1984 y 1987").
4. En 1987, la ayuda económica de Estados Unidos canalizada a través de la AID, llegó a la cantidad máxima de 508.3 millones de dólares, mientras que las remesas de los salvadoreños residentes en Estados Unidos alcanzaron entre 450 y 600 millones, según declaraciones del anterior embajador norteamericano en El Salvador, Edwin Corr. Es decir, que la ayuda económica de Estados Unidos y las remesas familiares sumaron alrededor de mil millones de dólares, casi el doble de las exportaciones las cuales apenas alcanzaron los 580 millones (ver Hermán Rosa Chávez y Alexander Segovia, "Financiamiento externo, deuda y transformación de la estructura productiva en El Salvador en la década de los ochenta: el papel de Estados Unidos").
5. El financiamiento de ciertos servicios y el retroceso de la producción de bienes se aprecia en la composición del Producto Interno Bruto. En 1980, el 50.6 por ciento del PIB se generaba en el sector de bienes (agricultura, industria manufacturera y construcción; el 49 por ciento restante era generado en el sector servicios gubernamentales, electricidad, transporte, comunicaciones y otros). La relación comenzó a variar en los siguientes años y ya para 1987 el sector de bienes contribuía con sólo el 44.8 por ciento del PIB mientras que los servicios aportaban el 55.2

por ciento. Si bien el sector agrícola ha tenido una tasa de crecimiento de 0.6 por ciento en los últimos tres años, el sector de servicios gubernamentales ha crecido en 4.2 por ciento en los mismos años; crecimiento superior al del PIB total, el cual fue de 1.8 por ciento (ver CEPAL, "Notas para el estudio económico de América Latina y el Caribe. El Salvador 1984 y 1987").

6. En un documento firmado por cuatro tenientes coroneles de la Escuela Nacional de Seguridad "John F. Kennedy," de Estados Unidos, se ex-

presa claramente esta realidad. En la parte donde se hace referencia a la Fuerza Aérea Salvadoreña el documento afirma que "en una guerra que premia a quien esté entre el pueblo, el helicóptero UH-1H ha convertido a la Fuerza Armada en un ejército que pasa demasiado tiempo por encima de la gente (ver A. J. Bacevich, James D. Hallums, Richard H. White y Thomas F. Young, "La política militar norteamericana en las guerras pequeñas: el caso de El Salvador," 22 de marzo de 1988).

